

CURSOS Y CONFERENCIAS

DESPLEGADO



SUMARIO

ROBERTO F. GIUSTI, San Martín en la poesía argentina. - EMILIO RAVIGNANI, La batalla de Maipo. - APENDICE: José Benito Lamas, Sermón en el primer aniversario de la victoria de Maipú. - VIDA DEL COLEGIO. - INFORMACIONES.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar
REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

VOLUMEN XXXVII

Nº 221

AÑO XIX

AGOSTO

"Año del Libertador"
General San Martín

11
05
C39
AÑO XIX

Volumen XXXVII

Número 221

C U R S O S

Y

CONFERENCIAS

AGOSTO DE 1950

Año del Libertador
General San Martín

Buenos Aires

San Martín en la Poesía Argentina*

por ROBERTO F. GIUSTI

La poesía de la Revolución fué casi toda ella política, enervada por el sentimiento patriótico e inspirada en los acontecimientos militares que iban conquistando a la nueva y gloriosa nación anunciada por el Himno el derecho a vivir libre y soberana. El mismo autor del Himno, Vicente López, había cantado dos años antes de componerlo la primera victoria de la Revolución —Suipacha— y al vencedor —Balcarce—. Cantos iguales, cuyo énfasis hace sonreír nuestro juicio literario actual, enfriado a través de más de una centuria, pero que entonces eran una sincera expresión de sentimientos, celebraron, al modo de ardorosas proclamas guerreras, la rendición de Montevideo y los triunfos de Belgrano. Pero así como la hazaña militar de San Martín es sin par en los anales de la Revolución, queda también inigualada en la poesía de la Independencia por el número y el acento de las composiciones poéticas que la glorificaron. Chacabuco y Maipú entraban en la historia con segura convicción de los contemporáneos en los mismos días que eran libradas. Esteban de Luca, Cayetano Rodríguez, José Agustín Molina, Vicente López, Juan Cruz Varela, Juan Ramón Rojas, Bartolomé Hidalgo, emularon en cantarlas. En la presente disertación estaría fuera de propósito juzgar literariamente con lupa

(*) Esta conferencia, pronunciada el 13 de abril de 1950, fué precedida de las siguientes palabras:

El Colegio Libre de Estudios Superiores conmemora hoy al general San Martín en vísperas de la fecha gloriosa de su centenario. Invitado a hacerlo, os traigo aquello de que soy capaz: una lectura literaria. Veremos desfilar al Libertador a través de la poesía argentina, y com-

crítica esos boletines de victoria dictados por el entusiasmo. Para un libro que preparo estoy estudiando a los poetas de la Revolución con espíritu comprensivo, y en él he de hacer justicia a su talento y su arte, sin cerrar los ojos sobre sus limitaciones y defectos. Nacían éstos de la cultura literaria que habían recibido, circunscrita casi totalmente a la poesía seudoclásica española del siglo XVIII, con sus inevitables alusiones mitológicas, reforzadas, en los que habían pasado por el Colegio de San Carlos, por la lectura de la *Eneida*, repertorio común de símiles, antonomasias y prosopopeyas.

Esa retórica, hecha convencional por el largo y repetido uso, no alcanza a sofocar enteramente en las descripciones de las batallas el jubiloso brío con que los poetas participaban en la pugna.

Ya el granadero, como audaz jinete
con la espada tendida,
al potro lleva que se dió a la brida,
y sablea, y rompe, y repasa, y remete,
y en guardia está, y cercado
se rehace, y carga, y escapó cargado.

No se conoce el nombre del autor de estos versos; bien pudo ser el coronel Juan Ramón Rojas o Esteban de Luca. No siempre hablaban entonces en su nombre los poetas. Lo hacían, respondiendo al sentimiento colectivo, por la Municipalidad, por la secretaría del Soberano Congreso, por el Departamento de Gobierno, por el de Guerra y Marina, por el Estado Mayor General. Sus odas raramente aparecían firmadas, pues partici-

probaremos cómo la pompa y la gracia del verso han sido una de las expresiones más constantes del culto que su noble figura ha inspirado a las sucesivas generaciones.

Mi lectura no se revestirá de acentos solemnes: será solamente una lección ordinaria sobre un tema no tratado todavía en toda su extensión, y de particular interés para profesores y maestros.

El capítulo de historia literaria que ofrezco a modo de ensayo será algo así como un índice comentado de una de las tantas posibles antologías poéticas sanmartinianas. No propiamente un catálogo de autores y títulos. Sólo recordaré lo característico y significativo. No digo una cortés lisonja si expreso el deseo de verlo completado por la contribución que mis ilustrados oyentes quieran hacerme llegar.

paban del anonimato de la poesía popular, aunque transmitida por la imprenta en periódicos y folletos; o cuando más, llevaban al pie orgullosos seudónimos como: "Un soldado de la Libertad", o tiernos, como "Un niño".

Las primeras antologías poéticas argentinas y el piadoso celo de los eruditos —entre quienes anoto en primer término el nombre benemérito de Juan María Gutiérrez— han devuelto a sus autores la mayoría de las veces, el fruto que les pertenecía, poco importa si agraz. Cómo no serlo, si esos cantos eran generalmente forjados, tal cual armas, poco menos que en la misma hora del combate, sin espacio ni ocio para retoques ni pulimentos. La comparación entre la poesía y las armas hace oportuno el recuerdo de que el artillero poeta Esteban de Luca fué el activo fundador y primer director del arsenal de la Patria.

Variaban los versos, unos más empinados, otros más arrastrados; pero no el espíritu y el estilo. Menudean en esos cantos de alabanza las reminiscencias de la historia antigua. San Martín es "otro Aníbal más famoso", será "llamado Aníbal argentino"; es otro "Aquiles fuerte e invulnerable"; es "el bizarro Leonidas"; es "superior a Alejandro"; "nunca con brío tal, con tal denuedo vibró su espada el jefe Macedonio". Es Marte mismo. Más aún. Juan Cruz Varela dirá celebrando la victoria de Maipú, en la primera composición suya que vió la luz pública:

San Martín los furores
de sus bravos gobierna y acrecienta;
él mismo los horrores
de la guerra desprecia, y los aumenta.
Si Marte mismo tal bravura viera
en Marte mismo algún pavor cupiera.

Y Luca en otra oda sobre el mismo asunto:

Domina San Martín a la campaña
cercado de peligros y de muerte;
dueño de la Fortuna y de sí mismo,
su espíritu guerrero nada turba;
los ataques dirige, manda estragos,
como otro Jove que a la densa nube
reventar hace en rayos formidables.

Bolívar, que era hombre de fino gusto literario, no pudo menos que reírse, cortés y donosamente, con afectuoso humorismo, de estas fantasías mitológicas de su panegirista Olmedo, al acusar recibo, en un memorable juicio literario, del canto a *La Victoria de Junín*.

Por contraste tienen un sabor vivo los "cielitos" de Hidalgo, el precursor rioplatense de la poesía gauchesca. Dos dedicó a San Martín: uno al triunfo de Maipú; otro, publicado el año 21, en honor del ejército libertador del Alto Perú. Al sincero entusiasmo de que rebosa esta poesía popular, de campamento y fogón, se agrega la picante nota socarrona. En el de Maipú:

Cielito, cielo que no,
cielito, cielo que sí,
párese mi don Osorio
que allá va ya San Martín.

En el del ejército libertador:

Si quiere saber Fernando
cuál será de Lima el fin
que le escriba cuatro letras
al general San Martín.

No hay comparación con los héroes homéricos que valga, para agrandar a un contemporáneo hasta el mito, tanto como esta fe redonda en el terror que debía infundir el Libertador en los españoles.

El sentimiento indianista, que, más o menos convencionalmente según las regiones de América, entra en el proceso espiritual revolucionario, por oposición a España, personificada en los conquistadores del Perú, de Méjico, de Arauco, y en sus reyes tiránicos, sentimiento que en el Himno Nacional conmueve las tumbas del Inca, entremezclaba con los dioses y héroes griegos y troyanos, las deidades indígenas y las sombras irritadas de Moctezuma, Tupacel, Caupolicán y Lautaro.

En toda la epopeya sanmartiniana, compuesta colectivamente, he encontrado una sola comparación con famosos hechos contemporáneos. Es en la oda *A la heroica victoria de los Andes en la cuesta de Chacabuco*, firmada por "Un soldado de la Liber-

tad", que no era otro que Juan Ramón Rojas, tan brioso poeta como jinete.

Es ésta:

Cual Augereau y Napoleón mirando
de Lodi el feroz puente,
dos águilas empuñan, y la gente
va a la inmortalidad su ejemplo obrando,
tal, hijo de la gloria,
San Martín por 'sí lleva a la victoria.

La poesía laudatoria trae siempre consigo la hiperbólica hinchazón y desfiguración de los rasgos humanos. La que tejieron en torno de las victorias mayores de San Martín los poetas porteños no evitó el escollo. Sin embargo, era poesía inspirada en un sentimiento profundo, aunque la forma la traicionara. No eran alabanzas palaciegas destinadas a adular a un triunfante dispensador de bienes. Las dictaban la admiración y el orgullo, no el servilismo. San Martín daba sus batallas en tierra lejana—extraña, podemos decir—, aunque unida a la suerte común de la Revolución. Su hazaña resplandecía luminosa a la distancia, limpia de las manchas con que, mirada de cerca, vese salpicada toda acción, aun la más noble y pura.

Cuando llegó la noticia de la victoria de Maipú, gobierno y pueblo se unieron en un solo sentimiento para celebrarla. En grandes tarjetones puestos al pie de la Pirámide o en los arcos de la Recoba, como solía hacerse en las fiestas patrias, el magno suceso fué ensalzado en octavas y sonetos; los periódicos abrieron sus páginas al canto de los poetas; las mesas festivas se coronaron con los brindis alusivos como el que Juan Cruz Varela dijo en verso en el café de la Victoria. Otra vez resonaron en el verso los ecos de la magna empresa cuando, asegurada la independencia de Chile, vino en 1818 a Buenos Aires a conferenciar con Pueyrredón sobre la expedición al Perú. Hasta las madres capuchinas expresaron su contento en una oda que yo sospecho escrita por Fray Cayetano Rodríguez. Sin embargo, el general había rehuído todo agasajo. El domingo 10 de mayo estaba todavía a sesenta y dos leguas de la ciudad. No se esperaba su entrada hasta el martes por la tarde. Pero el lunes a las seis de la mañana ya estaba en su casa, esquivando las demostraciones que se le habían preparado. Siempre el mismo:

modesto, desdeñoso del aplauso vocinglero y tornadizo. *La Gaceta* dijo con este motivo: "No puede caber la pequeñez de solicitar los honores del triunfo en el que ha tenido la gloria de merecerlo".

Transcurrieron cuatro años y el 10 de julio de 1821 San Martín entraba en Lima, guardando la misma modestia, según acostumbraba después de sus grandes triunfos. En esos días promisorios el ministro Rivadavia hacía olvidar en Buenos Aires con su obra de estadista y reformador el aciago año veinte. El grande acontecimiento dió nuevamente asunto a los poetas porteños —entre ellos Varela, Luca y Lafinur—, para loar al libertador del Perú. De todas las poesías que se escribieron una ha quedado memorable en nuestros anales literarios. Entonces trascendió también las fronteras de la patria, pues resonó en Chile y tuvo una edición limeña, prologada por el general Tomás Guido. Fué el *Canto lírico a la libertad de Lima*, compuesto por Esteban de Luca. El canto al vencedor de Maipo había afirmado sólidamente la autoridad de que gozaba entonces el autor entre sus émulos y amigos. Juan Cruz Varela repetía a menudo con entusiasmo la introducción del canto de Luca y lo aclamaba públicamente en una de sus odas como un genio singular. Firmemente empeñado el ministro Rivadavia en fomentar las letras como las demás manifestaciones de cultura, invitó al poeta artillero a cantar el fausto acontecimiento que afianzaba para siempre los destinos de América.

Antes de quince días Luca entregaba su poema, en el cual procuró "bajo un plan abreviado reunir a la majestad del canto el entusiasmo de la oda" —según explicó él mismo en carta a Rivadavia. No gozó del tiempo suficiente, ni se lo permitía el honroso encargo recibido, para trabajar pacientemente su obra como lo hizo Olmedo con su *Canto a Bolívar*, empezado cuando conoció la noticia de la victoria de Junín y acabado muchos meses después. Con todo, a pesar de que el "pathos" heroico del poeta se encrespa en las olas de la elocuencia de Quintana, es una bella composición, escrita por quien a la destreza del versificador unía el talento poético, sacrificado en aras de la patria, como lo exigían aquellos tiempos y su literatura "comprometida", para decirlo en el lenguaje de hoy.

Muchos materiales echó en la fragua el forjador. Después de la admonición inicial sobre la aborrecida y estéril memoria que dejaron los tiranos de su paso sobre la tierra, abierta elocuentemente con esta vigorosa sentencia:

No es dado a los tiranos
eterno hacer su tenebroso imperio
sobre el globo infeliz, llevando insanos
a doquier el terror, el llanto, el duelo,
la viudez y orfandad...

pasa el canto a evocar los sucesos de la independencia americana: el yugo que Napoleón impuso a España, el consiguiente levantamiento de las colonias y los diez años de lucha mortal hasta la entrada de San Martín en Lima. Aquí retrocede en el tiempo y, glorificando el impulso y la visión del Libertador, relata sus hazañas mayores: el paso de los Andes, con el inevitable recuerdo del de los Alpes por Aníbal, las victorias de Chacabuco y Maipú, la independencia de Chile, la expedición al Perú, y, de nuevo, la libertad de Lima.

En el verso 362, ya mediado el poema, concluye la evocación de la gesta de San Martín. En ese punto pidió prestada el poeta la inspiración para dar remate al canto, a la filosofía iluminista y humanitaria y a las gloriosas esperanzas que la lograda libertad hacía concebir a los americanos. El poema se cierra con majestad. Luca se pregunta qué monumento le consagrarán a América sus hijos, cuando se presente a la faz de las naciones, libre, joven y hermosa; y concibiéndolo más grandioso que los ideados por egipcios, griegos y romanos, convierte en estatua de la Libertad la más alta cima de los Andes, dándole "gigante, humana forma y asombrosa" —y anticipando así con desmesurada hipérbole la estatua de Bartholdy que ilumina la entrada del puerto de Nueva York.

El gobierno, por decreto de Rodríguez y Rivadavia mandó imprimir con toda perfección en un folleto por la imprenta de la Independencia el *Canto Lírico* y donó al autor las poesías de Homero, de Ossian, de Virgilio, del Tasso y de Voltaire, colección ecléctica de la poesía clásica, neoclásica y prerromántica, conforme al gusto indeciso de aquella época literaria de transición.

San Martín no fué indiferente a la voz del poeta y le expresó desde Lima su reconocimiento en la siguiente carta confidencial, del 3 de abril de 1822:

“Compañero y paisano apreciado: No es ésta la primera vez que Vd. me favorece con sus poesías inimitables; no atribuya usted a mi moderación esta exposición, pero puedo asegurarle que los sucesos que han coronado esta campaña no son debidos a mis talentos (conozco bien la esfera de ellos), pero sí a la decisión de los pueblos por su libertad y al coraje del ejército que mandaba: con esta especie de soldados cualquiera podía emprenderlo todo con suceso”.

La respuesta de Luca no fué menos noble y confirmaba la admiración que se tenía entonces por el Libertador: “ha tiempo —decía— enumerado por el mundo imparcial entre los fuertes guerreros dotados de un genio superior”.

Pocos años sobrevivió el poeta a su canto. Volviendo en marzo de 1824 de una misión diplomática a Río de Janeiro, a donde había acompañado como secretario al doctor Valentín Gómez, el bergantín británico *Agenoria* en que viajaban naufragó en el banco Inglés. La impaciencia y valentía le costaron a Luca la vida, que otros náufragos salvaron, no obstante haber sido abandonados cobardemente por el capitán del barco. Por dolorosa coincidencia, cinco meses después naufragaba y moría asimismo en el Plata el poeta Juan Ramón Rojas.

Es conocida *El arpa perdida*, la fantasía que inspiró a Andrade medio siglo más tarde el infausto suceso. Posiblemente es menos sabida la especie de que en el naufragio se perdieron los borradores de un poema épico que Luca estaba componiendo sobre San Martín. Hace muchos años, muchos, dejándome arrebatado por el entusiasmo juvenil, fingí, en un artículo que publicó el viejo P.B.T., el asunto del supuesto poema. Lo titulé *La Martiniana*. Hoy, serenado por alguna experiencia literaria, me digo que, como cuesta suponer a Luca rompiendo el círculo en el cual lo encerró la dócil sujeción a sus modelos, Virgilio, Herrera y Quintana, bástenos poseer de *La Martiniana* los cantos dispersos en los que él ensalzó las victorias de Chacabuco y Maipú, la obtenida por Cochrane en el Callao y la entrada del Libertador en Lima: actos de fe cada uno de ellos, cumplidos

como un deber patriótico; fervorosos boletines de triunfo re-dactados con ilustración y talento.

Un respetable sacerdote santafesino, Mons. Alfonso Durán, ha compuesto en nuestros tiempos contemporáneos, tan alejados de la afición a las largas narraciones en verso que con gusto y paciencia todavía leían nuestros abuelos, el poema que escribió o quiso escribir Esteban de Luca. Se titula *Los Argentinos*. Su héroe es el general San Martín, lo componen catorce cantos y está versificado en la acostumbrada octava real de los poemas épicos renacentistas. Se abre en Mendoza mientras San Martín prepara su ejército, y ya libertada América, lo cierra un sueño del prócer por el cual acierta el porvenir y el término de su misión. Lo maravilloso se entremezcla en él con lo histórico, a la usanza de la poesía épica a partir de Homero. Pero la máquina que interviene en este poema no es la mitológica sino la cristiana.

En carta al autor elogí su patriótico intento. A pesar de mis reservas y reparos, sus términos lisonjeros merecieron la aprobación del poeta.

Los años turbios que siguieron a la renuncia de Rivadavia, olvidaron a San Martín. El último canto guerrero había sido el que escribió Juan Cruz Varela celebrando la victoria de Ituzaingó. Tampoco deseaba otra cosa el Libertador en su voluntario destierro, que el olvido de los contemporáneos. La poesía ha expresado esa soledad del héroe en una composición, que es como una florcita de agreste perfume brotada al pie mismo de los muros del desterrado. La crítica la ha recogido piadosamente junto con otras pocas del ramillete que formó un muchacho predestinado a la fama, muerto apenas veinteañero. He aludido a *El cigarro* de Florencio Balcarce, hijo del vencedor de Suipacha y cuñado de Mercedes San Martín. Ese muchacho, asombroso por la rectitud del juicio, la ilustración y el talento tempranos, pintados con su acostumbrada finura por Rafael Alberto Arrieta en una monografía, había dejado la patria, afligido por sus males y entristecido por el propio, la tisis, en abril de 1837, y se había instalado en París.

San Martín residía entonces en Grand Bourg, amparado por

la generosa amistad de su antiguo compañero Alejandro Aguado. Florencio, por los vínculos familiares entró en el hogar difidentemente defendido del gran desterrado. Dejemos aquí hablar a Arrieta, refiriéndose a sus visitas a "la chacra", como llamaba el poeta la propiedad aldeana de Grand Bourg:

"El joven estudiante sentábase a la mesa del general, dormía bajo su techo, presenciaba sus ternuras de abuelo, lo acompañaba en sus paseos, convivía familiarmente con el héroe de tres naciones, en su intimidad celosa. Ese austero sexagenario que se preparaba personalmente su mate de madrugador, y picaba el tabaco para su pipa, y cosía un botón de su levita ante la protesta de la hija anulada, y afinaba un mapa a la acuarela, era el libertador argentino de dos países hermanos del Pacífico. El grande hombre no perdía, por cierto, en aquella confrontación doméstica, nada de lo que ante los ojos del mundo lo hiciera respetable y venerable, pues como diría su yerno mucho más tarde, San Martín no hubiera dejado de ser grande ni para su ayuda de cámara. Del mismo modo lo estimó el poeta, no desatento a la lección de dignidad y sencillez que le ofrecía el héroe decepcionado y solitario".

Había partido Balcarce con el presentimiento de que moriría en tierra extranjera. Profetizaba su muerte en *La Partida* y *La hija del Plata*, dos composiciones escritas durante el viaje. Su lastimera despedida,

Adiós, Buenos Aires, amigos, adiós!

todavía resuena en los oídos argentinos.

Pero moriría en la patria tiranizada, cuyo oprobio había llorado en *La Partida*. A principios de 1839, ya sin esperanzas de curación, regresaba a Buenos Aires, y aquí murió el 16 de mayo, atendido en sus últimos días por su querido ex-profesor de filosofía, el doctor Diego Alcorta, el cual habló también ante la tumba, llamándolo "el primero de su generación".

He dedicado al poeta quizás más espacio del que concede el cuadro de mi conferencia; pero *El cigarro* no tendría sentido si no vivimos su asunto en la intimidad del general San Martín, tal como vivió el joven estudiante en las circunstancias que he descrito.

Permítaseme recordar brevemente el asunto. Un viejo, rodeado de sus nietos, fuma su cigarro al pie del ombú que esconde un rancho de paja y barro bajo sus ramas, y celebra la paz sencilla que goza en la soledad de su vida, pobre pero libre. Juan María Gutiérrez, cuando en 1869 publicó en un volumen las *Poesías* de Florencio Balcarce, acompañó *El cigarro* con la nota siguiente:

“Esta composición fué escrita en Grand Bourg, residencia del general D. José de San Martín, a quien la dedicó el autor. Esta dedicatoria era un acto de justicia, porque la inspiración y la profunda filosofía de estos preciosos y sencillos versos, no habrían bajado a la cabeza del poeta sino bajo el techo del Cincinnati americano que le hospedaba. ¿Quién no verá en ese anciano, inválido de la gloria y de la fortuna, al vencedor en Maipo y al Protector del Perú que se desprendió espontáneamente de una autoridad tan elevada? Esta canción es la página final de la biografía del héroe, grabada en bronce por la mano de la juventud con una verdad y una sencillez inimitables.”

En efecto, ¿cómo no reconocer a San Martín —sabidos los antecedentes— en el viejo que fuma a la sombra del ombú, desdeñoso de las glorias de la vida? Basta cambiar el rancho pampeano por la modesta casa de Grand Bourg. ¿Quién sino el glorioso olvidado podía decir?:

La fama en tierras ajenas
me alcanzó noble y bizarro;
pero ya ¿qué soy? Apenas
la ceniza de un cigarro.

Por la patria fuí soldado
y seguí nuestras banderas
en el campo ensangrentado
y en las altas cordilleras.

Aun mi huella está grabada
en la tumba de Pizarro.
Pero ¿qué es la gloria? Nada
más que el humo de un cigarro.

Nunca la poesía argentina ha evocado más verdadero y humano a su héroe predilecto que en los sencillos octosílabos de *El cigarro*.

Los ideales de Mayo, es sabido, fueron el credo, el dogma, el santo y seña de la generación de Echeverría. La Joven Argentina, después de haberse hecho la ilusión de construir sobre esos fuertes cimientos la patria soñada, fué forzada a expatriarse y a trabajar por la reconstrucción en suelo hermano.

Mayo y la guerra emancipadora se fundieron desde entonces para los exilados en la misma idea de libertad. Y en esa imagen del pasado, índice de derroteros, no podía menos de cobrar cuerpo la gesta magna, mientras su adalid, ya anciano, era visitado, en la que parecía una indispensable peregrinación a su ermita de expatriado, por los dos vaticinadores más sabios del porvenir de la patria: Alberdi y Sarmiento.

Con ese significado pasan por los versos de los primeros románticos, el cruce de los Andes y las banderas de Chacabuco y Maipú. Es la libertad que pasa. En vísperas del 25 de mayo de 1844 el jefe político de Montevideo, don Andrés Lamas, invitó a los poetas que entonces habitaban la ciudad, a cantar el aniversario de la Revolución. Las composiciones debía reflejar el momento presente y alentar a los defensores de Montevideo a persistir en la resistencia armada. Echeverría contestó a la invitación, enviando dos composiciones. Una de ellas respondía a las miras del programa. La segunda había sido escrita tres años antes, en Colonia, celebrando igual aniversario. El poeta veía en ésta

tremolar vencedora en los Andes
la bandera de gloria y salud.

Esa bandera —decía más adelante, y pasemos sobre la pobreza de los versos escritos en las penurias del destierro— San Martín

...ambicioso
de imperecedera gloria
la llevará a la victoria
en Chacabuco y Maipú.
Y allá en Lima la regia
pisotearán sus bridones
los castellanos leones,
amilanados al fin;
y a la colombiana diestra
la invencible suya unida,

les darán la última herida
en Ayacucho y Junín.

Pero la figura del Libertador, para los románticos cobra a la vez otro significado. Él es el Anti-Rosas, él es la gloria más pura de la patria; el tirano del cintillo rojo, el oprobio. Las victorias de San Martín, fraternalmente unidas a las demás de las armas libertadoras americanas, suenan por contraste como otros tantos baldones para Rosas, en los iracundos apóstrofes en que convertía Mármol sus cantos a Mayo.

El mismo Echeverría había dicho en *La Insurrección del Sud*, encarándose con su pueblo, señalándole con ira y desprecio a los usurpadores y aplaudiendo la épica hazaña:

De ellos el poder es, de ellos el fruto
de quince años de gloria y de combates;
para ellos ¡oh baldón! diste tributo
de riqueza y de sangre, a los combates
oponiendo del mal serena frente,
y para ellos también libertadora
su indomable bandera
flameó sobre la helada Cordillera,
en el norte y el sud, y un continente
la proclamó ante el otro vencedora.

Olegario Andrade no fué el primero que hizo del cóndor, el cimero espectador de la empresa militar de San Martín. El condorismo —autoríceseme el vocablo, neológico hasta cierto punto, pues ya hubo en el Brasil un grupo poético que tomó el nombre del pájaro altanero soltado a volar por Andrade en su célebre canto desde las cumbres andinas hasta el océano—, el condorismo, digo, fué un hallazgo poético de la primera generación romántica.

Mitre, en una poesía titulada *El cóndor de Chile*, con alusión al ave que sustenta las armas de la república junto con un huemul rampante, hizo precursor al cóndor del ejército libertador. El ave fué mensajera de nuestros padres para pedirle a Dios la chispa inmortal del fuego que derretiría los férreos eslabones de la cadena colonial (hablo en el lenguaje del joven poeta); ella los vió lanzarse a la pelea y vencer; ella los vió escalar los Andes,

esculpiendo en su cima las hazañas
que realizaron con vigor tenaz.

También Juan María Gutiérrez había dicho hiperbólicamente en *La bandera de Mayo*:

Del cóndor de los Andes las alas no pudieron
seguir en sus victorias al pabellón azul.

Queda ahí esbozado el asunto de *El nido de cóndores*, si no la idea inspiradora, relacionada con la proyectada repatriación de los restos de San Martín.

No me detendré en contar ese asunto, siendo tan conocido. La descripción de la montaña con que el poema empieza, hace pensar en esas sinfonías de colores —ésta en negro— que tan insistentemente compondría la generación posterior, simbolista; aunque ya había ejemplos románticos de ellas en la poesía europea. Todo es negro en esa visión apocalíptica de la montaña, incluso —con sorpresa de la crítica escrupulosa— la nieve que gotea de la blanca venda que circunda el peñasco de donde cuelga el nido. Evocado el teatro sombrío de la acción y pintado el protagonista, “el viejo morador de la montaña”, la fantasía, como subtítulo el poeta su creación, cobra vida. El cóndor se revuelve inquieto en su nido porque ha oído que el héroe volverá. A su memoria acude el recuerdo lejano del paso de los Andes, descrito con vigorosas pinceladas.

También a vosotros os invito a recordar la hazaña, y sea repitiendo conmigo el final del segundo canto del poema, que con rápida alusión abre una ancha perspectiva sobre la entera gesta libertadora, evocada líricamente en los cantos cuarto y quinto:

¿Dónde van? ¿dónde van? Dios los
[empuja,
amor de patria y libertad los guía:
donde más fuerte la tormenta ruja,
donde la onda bravía
más ruda azote el piélago profundo,
¡van a morir o libertar un mundo!

Contemplemos ahora la estampa del caudillo:

Pensativo a su frente, cual si fuera
en muda discusión con el destino
iba el héroe inmortal...

El calvo señor de la montaña ha visto en la noche desplegarse nuevamente ante su pupila roja la gesta heroica que su ala siguió detrás de la bandera azul y blanca, "cabalgando en las nubes y en los vientos"; llega la aurora y vuela hacia el sol naciente. Recordemos otra vez:

¿A dónde va? ¿qué vértigo lo lleva?
 ¿qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
 Va a esperar, del Atlántico en la orilla,
 los sagrados despojos
 de aquel gran vencedor de vencedores
 a cuyo solo nombre se postraban
 tiranos y opresores.

.....
 ¡Y allá estará! Cuando la nave asome
 portadora del héroe y de la gloria,
 cuando el mar patagón alce a su paso
 los himnos de victoria,
 volverá a saludarlo, como un día
 en la cumbre del Ande,
 para decir al mundo: ¡Este es el grande!

¿Cuánto habrá servido Andrade con su celebrado y popular poema a la fama de San Martín? Estas contribuciones del arte a la historia no se miden, pero son indiscutibles. Sin Homero no existiría Aquiles. Reconozco que este ejemplo es extremo y algo sofisticado. Más acá de los tiempos míticos ha habido más de un Aquiles sin *Iliada*; sin embargo éstas son por lo común altos pedestales de los héroes guerreros, realizando esa "hermandad de la lira y de la historia" a que aspiraba Juan María Gutiérrez en el epígrafe que puso precisamente a una corona poética sanmartiniana. San Martín pertenece luminosamente a la historia; pero no hay héroe sin leyenda, ¿y quién sino la poesía ha aureolado con ella su frente?

Ya lo decía Juan Cruz Varela en su *Canto por la libertad de Lima*:

Sin las musas
 un héroe al fin no es héroe; que perdido
 debe quedar su nombre en las confusas
 tinieblas del olvido
 después que, ya pasado,
 caen siglos sobre siglos despeñados.

Para sentenciar luego:

Sólo es dado a los versos y a los dioses
sobrevivir al tiempo.

Meses después de haber sido aclamado en el teatro Colón *El nido de cóndores*, el 4 de febrero de 1878 Andrade leía al pie de la bandera de los Andes su canto lírico *A San Martín*, en la velada cívica con que Buenos Aires conmemoró el centenario del nacimiento del prócer.

Acometía la difícil tarea de cantarlo, sin repetirse, salvo en los rasgos generales de su estilo grandilocuente. En la colosal pantalla sobre la cual proyectaba el poeta sus visiones, desfile calidoscópico de fragorosos torrentes, océanos vatídicos, cordilleras ciclópeas, abismos salvajes, estelares flámulas de fuego, selvas, desiertos, vientos y huracanes, la historia del Libertador destella de la cuna al sepulcro en intermitentes haces de luz.

Como en todos los poemas de Andrade la declamación tribunicia —ingenua ya para nosotros, ¡ay!, con su fe sin nubes en la libertad y el progreso— se junta en esta exaltación del héroe con hermosos trozos descriptivos y vivaces arrebatos líricos. Si bien menos difundido que *El nido de cóndores*, también queda guardado el canto *A San Martín* en la memoria de los argentinos, siquiera por alguno de sus pasos más elocuentes, como la interrogación:

¿En qué piensa el coloso de la historia
de pie sobre el coloso de la tierra?

Y la respuesta:

Piensa en Dios, en la Patria y en la Gloria,
en pueblos libres y en cadenas rotas.

La visión alucinada de Andrade, tan distinta de los convencionales cuadros de batalla pintados por los poetas de la Independencia, había de dar la pauta, desde la aparición de *El nido de cóndores*, a toda evocación poética sanmartiniana. Es otra mitología: a los dioses y héroes exhumados de la *Eneida*

los reemplaza el mundo titánico forjado en la fragua de Víctor Hugo.

Reflejos de esa gigantoscopia se descubren en todos los poemas épicos-líricos compuestos en el curso de los últimos lustros del siglo pasado. Los hay en *La bandera de los Andes*, fantasía rimada por Martiniano Leguizamón en el centenario del nacimiento de Mariano Moreno; en *La vuelta del héroe*, que Enrique Rivarola, veinteañera esperanza de la poesía argentina, escribió en 1880; en el canto *A San Martín* de Gervasio Méndez, el poeta tullido, devoto amigo de Andrade aunque su inspiración romántica corriera por lo común quejumbrosa por otros cauces; en *Los dos héroes* del joven Martín García Merou; en no sabría decir, sin cansaros, cuántos más, hasta llegar a *La gesta magna* de Leopoldo Lugones y a la prosa lírica del *Monólogo de los Andes* de Belisario Roldán.

Típicamente andradiana es *La leyenda argentina*, poema de Joaquín Castellanos, a la vez relación histórica, ensayo sociológico, manifiesto político, en sonoros endecasílabos. Dígalo si no esta descripción de la cordillera:

Los Andes sobre el mundo se elevaban
y el Tupungato audaz sobre los Andes!
Montaña adusta que en las sombras vela,
y una armada legión viendo que avanza,
voces de alerta con el trueno lanza.

Porque es el centinela
que a su vanguardia colocó sombrío,
la Cordillera, ejército de montes,
para espiar los lejanos horizontes
en las mudas fronteras del vacío!

San Martín y su empresa libertadora animan la parte más elocuente del extenso poema. A la manera de Hugo amaban estos poetas las calificaciones grandiosas y espectaculares, tales como: "Yapeyú, Nazaret del nuevo mundo"; o éstas, en el apóstrofe al héroe:

A ti, el Colón de tan sublime empresa,
a ti, el caudillo de una gran cruzada,
hoy te proclama, San Martín, la historia,
el nuevo Aquiles de una nueva Iliada.

Evocado hiperbólicamente el paisaje (si caben hipérboles cuando se pintan los Andes), describe el poeta con fragorosas palabras a los haces guerreros trepando las pendientes, asaltando los flancos de la montaña, mirados con pasmo por la tierra, sin que valga para detener su avance el muro inmenso de granito que les oponen los gigantes cordilleranos. Mirando el vuelo del águila, suben con ésta a las nubes. El cóndor los contempla, asombrado y mudo. Dios extiende sobre ellos el arco iris, para que pasen bajo un pórtico de gloria. Van cantando en coro el himno nacional.

Y hallan al fin de su triunfal carrera
 (concluye el poeta su relación de la empresa)
 de una lucha inmortal cumplido el plazo,
 que el sol diadema de sus glorias era
 y el asta colosal de su bandera
 el monte Chimborazo.

El último hito, diré mejor, la última cima de la evocación del paso de los Andes al modo andradiano fué la *Gesta Magna* de Leopoldo Lugones. Este poema es poco conocido. Lo publicó *El Tiempo* el año 1902 cuando ya *Las Montañas del Oro* habían dado al joven autor la autoridad de jefe de escuela en el Plata, pero no fué incluido posteriormente en ninguna colección de sus versos, tampoco en 1910 en las *Odas seculares*, donde no hay otro recuerdo sanmartiniano que la fuerte estampa de los *Granaderos a caballo*.

El poeta rechazó, pues, su *Gesta Magna*, composición juvenil correspondiente a un período de su versátil creación, dejado atrás, como que había sido concebida y publicada en Córdoba, en una primera redacción, antes de venir él a Buenos Aires, cuando todavía firmaba "Gil Paz". Puede leerse en alguna antología: la que compuso en 1903 José León Pagano y la reciente española del editor Aguilar, prologada por Pedro Miguel Obligado. Por ser Lugones, me detendré en ella. Se desenvuelve el poema en alejandrinos pareados, libremente cortados y medidos, sin temer ninguna licencia métrica, retumbantes como *La voz contra la roca*, la famosa introducción a *Las montañas del oro*.

Por un procedimiento caro a Víctor Hugo, una abigarrada y grandiosa muchedumbre es convocada en la *Diana* inicial:

Héroes de la Historia, señores de las cumbres,
grandes almas videntes, mártires, pensadores,
víctimas en los Gólgotas, dioses en los Tabores,
terribles en los Eufrates, mansos en los Jordanes;
Antíocos, Dantones, Kosciuskos, Pablos, Juanes,
brazos de Dios, columnas de los cuatro horizontes,
todos los que sois astros, todos los que sois montes
de gloria o de prodigio sobre el nivel humano,
¡Oíd!

Hablan dos cimas: el Tupungato y el Chimborazo. (También es victorhuguesa la voz de las montañas). Las visiones colosales de Andrade resultan cuadros naturales, confrontados con la apocalíptica visión lugoniana de las nevadas cumbres andinas, sacudidas por el "ancho galope que ascendía | cebrado de relámpagos en el cristal del día".

—Es el viento— dice el Chimborazo. El Tupungato, empiñándose enormemente, corrige:

—No es el viento. ¡Eso piensa!

—Es Dios que pasa! —reflexiona el Chimborazo.

Y el Tupungato:

—No, es la Libertad. Bronces
y aceros la coronan de centellas. Entonces
el Chimborazo, alzando su voz sobre el abismo
entre un fragor de rocas le respondió

—¡Es lo mismo!

A este diálogo de las cumbres sigue la fantástica descripción de "los héroes":

Galopan en la llama de oro del sol naciente,
son cuatro mil bravuras en un solo torrente.

Son los libertadores.

A su frente, midiendo a pasos el abismo,

iba un hombre, un soldado de frente vencedora,
Él.

Como en el canto andradiano, los cóndores preceden a la hueste.

Cuando aparece el cóndor la gloria está cercana.
 Los pájaros, oyendo la invocadora diana
 que dieron los clarines en el alba, han venido
 para ver, olvidando las tibiezas del nido.
 Y a tal altura encuentran a los héroes, que cuando
 se contempla los cerros que a sus pies van quedando
 parece que asombrados de tantas maravillas
 todos aquellos montes se han puesto de rodillas.

Él, dijo el poeta, truncando el verso en una pausa solemne
 al final del cuarto canto. Y Él se titula el que sigue, el penúltimo.

Él era el luminoso cómplice de la aurora,
 el fiero concurrente del destino. El consorte
 de la espada.

Él era su estrella.

Un solo corte
 de su acero hizo trizas el baluarte funesto
 de la sombra. El Espanto decía: "Soy su gesto".
 Y el Prodigio "soy su caballo". Sordamente
 las tormentas bajaban a visitar su frente
 como si se tratase de una sagrada encina.
 Su brazo era el martillo de una industria divina.
 Frío, tenía un solo color, pero éste era
 el del bronce.

Debo abreviar el retrato barroco del Héroe. Sólo haré
 conocer algunos rasgos aislados:

...El viento
 le abría paso. Un vasto fulgor de pensamiento
 alumbraba las nubes detrás de su cabeza.
 Su vecina más próxima se llamaba "grandeza".
 El cóndor le decía *Señor* y las naciones
Abuelo. Era beluario de águilas y leones.
 El pendón de los reyes temblaba en su presencia,
 tenía dos blancuras: su espada y su conciencia.

.....
 La suerte de los pueblos galopaba en el anca
 de su caballo heroico y su espada era blanca
 como una virgen, siendo terrible como el rayo,
 cuando la servidumbre, la pena o el desmayo
 encorvaban las nuca y afligían los pechos...

Concluye el poema lugoniano celebrando la libertad, "dulce
 por la voz de los montes | como la primavera".

Ahora que hemos escuchado en la cuerda heroica el tono más alto, cambiemos de cuerda y de registro. No hubo poeta argentino del siglo pasado en cuyos versos no quedara alguna memoria de San Martín y su empresa. Cuando Ricardo Gutiérrez creyó que debía poner punto a su juvenil poema *La fibra salvaje*, no halló final más digno, aunque postizo, que hacer morir a Ezequiel, su héroe byroniano, en la batalla, al pie de la enseña de San Martín. Muerta Lucía, perdida toda esperanza en la vida, Ezequiel ve de pronto que baja al llano una hueste. Es el ejército del Libertador. Siente el proscrito renacer en su corazón el amor a la patria, reclama una lanza y cae peleando

en nombre de la patria combatiendo
y por la eterna libertad muriendo.

La fibra salvaje fué escrito en 1860. El "inflexible acero" de San Martín y su figura "de bronce en la batalla" están presentes en las poesías de Rafael Obligado. Lo están en el canto a *América*, en las décimas del poema *Falucho* y en las de *La retirada de Moquegua*: la victoria, nunca ingrata, corona a los valientes a quienes anima el espíritu del jefe ejemplar; desampara, como lo hizo en Moquegua y Torata, a aquellos a quienes les faltó su aliento.

En el tercer canto del *Santos Vega*, compuesto posteriormente al primero, segundo y cuarto, con el que Obligado integró su poema más hermoso y de vida más duradera, los gauchos, animados por "el himno del payador", que simboliza la voz misma de la tierra patria

...a Buenos Aires volaron,
y el himno audaz repitieron
cuando a Belgrano siguieron,
cuando con Güemes lucharon;
cuando, por fin, se lanzaron
tras el Ande colosal,
hasta aquel día inmortal
en que un grande americano
batió al sol ecuatoriano
nuestra enseña nacional.

la lección de *Los trofeos*? Tal hizo Leopoldo Díaz. Pero el que, madurando, había de ser el más fiel y talentoso discípulo argentino de Heredia, todavía era muy joven en 1888 cuando compuso su soneto a *San Martín*, e incapaz entonces de superar en la renovada forma los consabidos lugares comunes románticos. Años después volvió Díaz a evocar a San Martín, "el heroico, el grande, el puro", junto a Miranda y Bolívar, en otro soneto titulado *Los libertadores*, incorporado en 1906 al libro *Atlántida conquistada*. Diríase que la grandeza del asunto elegido impedía al poeta parnasiano sustraerse a la grandilocuencia romántica, díaz-mironiana; y con esa voz suena el soneto *Los libertadores*. Otro tanto podríamos decir del que dedicó a San Martín, Diego Fernández Espiro, aquel bohemio romántico retardado en los cenáculos modernistas. En el centenario de la Revolución de Mayo, habían de encontrarse para celebrar al Libertador en las mismas páginas, las del volumen conmemorativo de *La Nación*, dos voces que procedían de campos opuestos: la de Calixto Oyuela, el último neoclásico argentino, y la de Rubén Darío, a quien con derecho podemos considerar algo nuestro.

Oyuela evocaba a San Martín en el *Canto a la patria* de este modo:

Y aquel grande entre grandes,
que sobre su corcel salvó los Andes
y en tromba al Ecuador, pueblos redime;
y consintiendo en que el supremo lauro
del glorioso rival la sien corone,
como en solemne ocaso el sol se pone
callado se hunde en soledad sublime.

Darío decoraba su *Canto a la Argentina* con la imagen del prócer, evocando también el destierro:

(d) el abuelo secular
que, fatigado de triunfar
y cansado de padecer,
se fué a morir de cara al mar,
lejos, allá en Boulogne-sur-Mer.

La poesía modernista no ofrece ya materia para esta reseña. Desde comienzos del siglo la lírica, la que cuenta, se vuelve hacia otros asuntos y fuentes de inspiración, generalmente subjetivas.

No hemos por ello de reprocharles a los poetas menos amor de patria que a sus antepasados. Los modos de sentir, querer y venerar son muchos y diversos. Como excepción notable entre los poetas de mi generación sólo recuerdo la de Arturo Capdevila y sus tres bellos romances "del ejército de los Andes", "de la entrada triunfal en Lima" y "de la muerte del general San Martín", y la de Alvaro Melián Lafinur, cuyo "Romance de la amargura del Libertador" historia el regreso del desterrado a Europa, en la misma nave que lo había traído al Plata en 1829, pues se negaba a desenvainar el sable en las guerras civiles que ensangrentaban a la patria. Eso ha dicho al coronel Manuel Olazábal y a Alvarez Condarco que lo visitaron a bordo del *Chichester*. Y hé aquí cómo ve la escena el poeta, cerrando noblemente el romance:

Bajo el cielo azul del Sur,
 puro en la tarde serena,
 sobre las aguas del Plata,
 obscuro mar de ondas quietas,
 entre dos inmensidades
 suspendida su alma inmensa,
 en ese instante solemne,
 se alzaba, firme y señera,
 la figura venerable
 del Libertador de América.

Quizás hayáis reparado en la omisión de Guido Spano en esta reseña. Lo he dejado para el final, con el propósito de referir una polémica poética encendida por él, de la cual vino a ser involuntario protagonista el Libertador.

En 1876 la larga cuestión de límites con Chile había llegado a uno de sus períodos más críticos. Erale discutida a la Argentina la posesión de la Patagonia, y la opinión pública estaba excitada a tal punto que temíase un fatal rompimiento. En estas circunstancias, habiendo los chilenos ocupado algún valle cordillerano, Guido publicó una airada poesía en la que se leían estrofas despectivas como la siguiente:

Chile ¡silencio! no vamos
 en nuestro orgullo ofendido
 a enrostrarle un negro olvido:
 sangre de héroes no cobramos
 al hermano redimido.

O como la última:

Mas si alguna ambición fatua
de conquista o de botín
triunfa en vosotros al fin,
derribad antes la estatua
de José de San Martín.

Le contestó con irónicos pero corteses tercetos, que llevaban el mismo título, *Patagonia*, en el *Ferro-carril*, diario de Santiago, el poeta chileno A. Valderrama, y si bien mostrábase duro en ciertos pasajes, concluía expresando sentimientos fraternales e invitando al poeta argentino a cantar, antes que la guerra, el progreso, la ciencia, el trabajo y la libertad. Reprochándole a Guido que les hubiera enrostrado a los chilenos la libertad que les dió San Martín, decía Valderrama:

Grato a tan generoso sacrificio,
su gratitud en bronce eternizando
y anticipando de la historia el juicio,
Chile lo reconoce; pero dando
a aquel servicio su valor entero,
¿a qué andar el servicio predicando?
Chile en decirlo al mundo fué el primero;
mucho habéis el servicio encarecido,
¿por qué lo encarecéis si fué sincero?

Nuevamente habló Guido, esta vez en tercetos, con no menor aspereza; sin embargo, concluía invitando a los chilenos a una "fraternidad basada en la justicia".

Las tres poesías a que me he referido fueron publicadas en un mismo número de *La Nación*, el 8 de enero de 1877, ecuanimidad que honra al periodismo argentino.

Cuando en 1880 eran repatriados los restos de San Martín, un numeroso núcleo de deudos de los próceres de la Independencia esperaba los restos en el puerto.

El hijo de Tomás Guido que los encabezaba con título doblemente ilustre, había compuesto para la ocasión en nombre de todos, un soneto cuyos dos versos finales decían bellamente:

Faltaba esa reliquia en nuestra tierra,
este homenaje a nuestro honor faltaba.

Pero la verdad es que ninguna de las muchas poesías compuestas en aquella solemne ocasión ha sobrevivido en nuestros fastos literarios. Únicamente vive el poema que tres años antes había anunciado la vuelta a la patria de los restos venerados: *El nido de cóndores*.

En la corona poética que va tejiéndose este año en torno de la gloriosa cabeza, ¿no tendremos la dicha de que una flor, una siquiera, se salve de quedar olvidada y seca entre las páginas de diarios y revistas, destino común de estos actos de devoción patriótica?; ¿que una sola, siquiera una, conserve su color y fragancia para nuestros hijos y nuestros nietos? Así lo deseo vivamente. La empresa es ardua, porque, como sin duda habéis entrevisto a través de la breve historia que he trazado, este género de poesía, tan noblemente inspirado, es uno de los más difíciles de realizar. Juzgando un importante matutino de Buenos Aires pocas semanas atrás una oda al Libertador compuesta por un talentoso poeta de mi generación, a quien siempre he apreciado por su sensibilidad y cultura, censuraba su expresión anacrónica con estos términos severos: "Dentro del estruendo de las palabras, en la tempestad de imágenes henchidas y alusiones mitológicas, escápasenos la figura de San Martín. El héroe es, todo el tiempo, de bronce o de granito. Carece de humanidad. Y si hubo en nuestra tierra un ser que supo armonizar las esencias inmortales con un contenido humano, ese ser fué San Martín".

Eso, justamente eso es lo que debiera darnos, poéticamente iluminado, el canto que yo espero; no un héroe mitológico, sino al hombre grande y puro.

Proseguía el crítico: "Esta obra parece compuesta en pleno redoble de tambores victorhuguescos. Le faltan, para actualizarse, las condiciones que más caracterizan a nuestra literatura: la sobriedad y la hondura; le falta ese pudor que huye de las manifestaciones espectaculares y que en cambio se aplica a descubrir las vetas escondidas, más difíciles, más sutiles".

Me abstengo de hacer mío este juicio con respecto al poema que lo ha motivado; pero sí lo adopto como un excelente consejo genérico. Será difícil redoblar los tambores más sonoramente

que lo hicieron Andrade y Lugones. Antaño, en este género conmemorativo se perseguía lo sublime; hoy se busca lo característico y esencial. Los caminos pueden ser muchos, del realismo al surrealismo: la difícil meta, una sola.¹

1. Muchas poesías han sido publicadas posteriormente en lo que va del año, inspiradas en San Martín y su empresa. No creo que todas hayan llegado a mi conocimiento, ni entra en el objeto de esta conferencia juzgar literariamente las que conozco. Haré una excepción para dos libros. Uno es el que ha publicado Alvaro Yunque, el cuentista talentoso y cordial. Su poema *El guerrero sabio*, en cuartetos, pinta, con acento marcadamente popular, al San Martín de dimensión humana y sus duros trabajos en la empresa libertadora. Destaca la universalidad de la gloria del Héroe este homenaje que le ha rendido un militante político de extrema izquierda. El otro libro es la *Crónica romanceada del Libertador*, de Martín Alberto Boneo, poeta de la nueva generación. Los trece romances que la componen, más narrativos y descriptivos que líricos, son una flúida versión rimada de diferentes episodios de la existencia del Libertador, relatados por la historia o la crónica. Están en la misma línea que los ya mencionados de Capdevila y Melián Lafinur. Sin desconocer los felices rasgos líricos que los levantan sobre la literatura documental, me recuerdan en cierto modo, éstos y aquéllos, los romances eruditos de fuente histórica o legendaria que en la segunda mitad del siglo XVI y en el XVII siguieron con andar menos brioso a los romances viejos, más estrechamente vinculados con la tradición épica.

La batalla de Maipo, definidora de la lucha por la emancipación de la América Hispana, y su repercusión en Europa

por EMILIO RAVIGNANI

Para comprender acertadamente un episodio, una época, el contenido del proceso que los define, es necesario identificarse, en todo lo posible, con los valores morales que informan los hechos.

Cuando se habla de la gesta sanmartiniana, hay dos expresiones necesarias que la caracterizan: austeridad y desprendimiento. Estas calidades fueron las que permitieron ver a San Martín, con claridad, la línea de acción hasta los últimos momentos de su vida pública. De ahí que para el pasado, sea una potencia en los sucesos; para el presente, una enseñanza.

Conmemorar en forma virtuosa a San Martín, en episodios tan esenciales de su vida, como Maipú, obliga a ponernos en trance espiritual de recordar, en el presente, el valor intrínseco del suceso imperecedero, con amor a esta Argentina, que realizó sacrificios por la libertad americana.

San Martín, que hizo de la libertad un apostolado, tuvo que vivir horas difíciles de su existencia, debido a la injusticia de los contemporáneos. Sintió en vida la ingratitud como nadie, pero, también en vida, tuvo confianza en que se haría justicia a su acción y a su desprendimiento. Y ella se inició el mismo día de su muerte hace cien años. Su largo ostracismo volun-

tario creó el clima de la reivindicación. Argentinos y chilenos, primero, y peruanos, más tarde, contribuyeron con estudios fundamentales a su consagración definitiva como uno de los grandes libertadores de la humanidad.

Mientras Buenos Aires inauguraba en julio de 1862 su estatua en la plaza de Marte, hoy Retiro, y el argentino Juan María Gutiérrez producía el *Bosquejo biográfico del general José de San Martín*, el historiador chileno Benjamín Vicuña Mackenna escribía, poco después, su obra *El general D. José de San Martín, considerado según documentos enteramente inéditos, con motivo de la inauguración de su estatua en Santiago, el 5 de abril de 1863*. Esta última iniciativa se había originado, en Santiago de Chile, en 1856.

Años más tarde, en 1877, antes de que el general Mitre diera a las prensas su magistral e insuperada *Historia de San Martín*, el mismo Vicuña Mackenna escribió: *La batalla de Maipo, contada al pueblo según nuevos datos*, en donde ponía un acento heroico condigno, en el relato de la batalla que hoy conmemoramos.

El general Mitre, en su recordada obra, nos ha hecho el cuadro completo de la operación, mediante el análisis crítico del material escrito y del material gráfico, especialmente del plano del ingeniero Bacler D'Albe, que se conserva original en nuestro *Archivo general* y del cual existe una reproducción facsimilar hecha hace pocos años bajo nuestra dirección. En esta exposición nos limitaremos a trazar las líneas generales del hecho y señalar su tono heroico y la trascendencia internacional que tuvo para la Revolución americana.

La victoria de Chacabuco y las operaciones que siguieron en el sur, hasta el fracasado asalto de Talcahuano, no habían dejado inactivo al virrey del Perú, Pezuela, quien enviaba, a la base antedicha, poderosos refuerzos militares, no tanto por el número, como por la calidad de las tropas veteranas de la guerra contra Napoleón, cual eran los batallones Burgos e Infante Don Carlos. Además, mantuvo hasta entonces el dominio del mar, lo que le daba libertad de maniobra para invadir. La nueva campaña española iba a realizarse a las órdenes del brigadier Osorio. El objetivo era ocupar la capital chilena.

El año 1818 iba a ser decisivo no sólo para la libertad de Chile; definiría, además, el comienzo del fin de la campaña libertadora continental. A mediados de enero, desembarcaban las tropas realistas; desde ese momento, la lucha tomará un tono de máxima heroicidad, a la par que en ella se producirá la definición buscada. Ahora sería cuando San Martín, después de haber demostrado sus grandes condiciones de conductor, al cruzar la cordillera de los Andes, iba a probar sus relevantes condiciones de estrategia y de táctico; o sea, mediante la dirección de las fuerzas, coronada por la ejecución de los movimientos que traerán la victoria aplastadora de Maipú, se verá a un ejército, debilitado por la dispersión, convertido en pocos días, por su capacidad, en fuerza victoriosa ante un enemigo superior en número y altamente aguerrido.

San Martín, a mediados de diciembre de 1817, descubierta la intención de los españoles, ordena que O'Higgins se repliegue al norte del Maule, "tomando por defensa este río"; al mismo tiempo debía hacer retirar toda la población y los recursos. Expedía, además, una proclama a los soldados que rematará con estas palabras: "Mucho tiempo hace que estamos parados sin hacer nada de provecho. Amigos, ¡vamos a tener otro Chacabuco!" Su modestia, exenta de jactancia, no le permitió vaticinar un triunfo mayor.

Y para que el espíritu patriótico se tonificara aun más, por un acto trascendental, meses antes, el 12 de julio de 1817, se proclamaba y juraba la independencia de Chile; era, como dice con justeza Mitre, "la segunda república sudamericana que se fundaba bajo los auspicios de San Martín".

Nuestro héroe, al mismo tiempo que mandaba replegar el ejército del sur sobre el Maule, concentraba a las fuerzas de Santiago, compuestas de cuatro mil hombres, en la hacienda de Las Tablas, al sur de Valparaíso, por si se operaba por ese lado el desembarco de los españoles. Definida la marcha de éstos desde el sur hacia la Capital, acampaba Osorio, el 4 de marzo, en Talca; los patriotas se replegaban a Quechereguas. San Martín decidió realizar una serie de movimientos estratégicos para atraer a los españoles y darles una batalla decisiva: a partir del 17 de marzo maniobró para envolver al enemigo y, el día 19, emprendieron

ambos ejércitos una marcha paralela con Talca como objetivo. San Martín y O'Higgins se vieron envueltos en una batalla nocturna, con la consiguiente dispersión de las fuerzas, pero la acción de Las Heras, utilizando la disciplina impuesta en el ejército patriota, salvaba tres mil hombres. Lo que siguió a este episodio de repliegue sobre la Capital, denotó la recia organización que el Libertador había sabido imponer a su ejército. O'Higgins, el día 24, llegaba a Santiago, asumía el gobierno e infundía energías y confianza. Al día siguiente entraba San Martín a la Capital y, en breve término, reconstituía su ejército, secundado por una brillante y valiente oficialidad argentino-chilena. La campaña iba a resolverse de inmediato sobre las brasas aún no extinguidas de la derrota. Entretanto la noticia no había aminorado el espíritu de lucha de Buenos Aires, y el director Pueyrredón le escribía, al Libertador, el 9 de abril: "Dios dé a usted la salud y fortaleza que necesita. Mucho me agrada que usted meta en el campo de instrucción a todo el ejército, para restablecer el espíritu de las tropas. Se dice que muchos oficiales han faltado a su honor. Sea usted inexorable con los cobardes: un ejemplar castigo, en un oficial, producirá efectos admirables en todo el ejército".

Dos cosas hizo, en efecto, San Martín: una, reconstituir sus fuerzas, adecuadamente; otra, imponerles instrucciones espartanas, conducentes a crear el espíritu heroico en jefes, oficiales y soldados. Entre ellas, recordaremos las más importantes:

"Los jefes, decía, perorarán con denuedo a la tropa antes de entrar en batalla, imponiendo pena de la vida al que se separe de sus filas, sea al avanzar, sea al retirarse". Más adelante se dan normas severas sobre el combate en sí: condiciones en que se debe producir la retirada y si "algún cuerpo de infantería o caballería fuera cargado con arma blanca no será esperado a pie firme, sino que le saldrá cincuenta pasos al encuentro, con bayoneta calada o con sable", incitando así la ofensiva; la iniciativa del combate debía llevarse sostenidamente con el mayor vigor, hasta el punto que "los heridos que no puedan andar sobre sus pies no serán salvados mientras dure la batalla, porque [necesitándose] de cuatro para cada uno, se debilitaría la línea en un momento". Después de la señal establecida, de

tres banderas, "gritarán todas las tropas ¡Viva la Patria! y en seguida cada cuerpo cargará al arma blanca al enemigo que tenga al frente". En la instrucción octava se recomendaba a los "jefes de caballería llevar a su retaguardia un pelotón de veinticinco o treinta hombres para sablear a los soldados que vuelvan cara". Y después de destacar que el carácter de nuestras tropas es la ofensiva, se hacía una valoración precisa del acto de guerra que iba a producirse, mediante una gran claridad de juicio reveladora de su ponderación y clarividencia frente al momento que vivía. Al respecto, asentaba: "Los señores jefes... deben estar persuadidos de que esta batalla va a decidir la suerte de toda la América y que es preferible una muerte honrosa en el campo del honor a sufrirla por manos de nuestros verdugos. Yo estoy seguro de la victoria con la ayuda de los jefes del ejército", a los que encargaba tuvieran presentes estas instrucciones.

Hé aquí la tonalidad espiritual con que afrontaba la batalla decisiva, tonalidad que con gran eficacia supo transmitir a sus hombres acampados en la Loma Blanca. Sería ingenuo de mi parte, en estas circunstancias, engolfarme en el análisis del combate: ni tengo la capacidad, ni es oportuno, dada la índole de esta conmemoración. Mitre, en forma clara, aun para los profanos, nos ha reconstruido la acción. Como documento gráfico de la época, tenemos el plano de d'Albe. A nosotros bástenos decir que el Libertador, después de preparar en las proximidades de Santiago su ejército, asistido de una capacitada y valiente oficialidad argentina y chilena, había hecho renacer la fe en la victoria y el afán de pelea, después del contraste de Talca. Los días 2, 3, 4 y 5 de abril, por la mañana, el ejército unido estará formado en la recordada Loma Blanca, sobre el borde sur, mirando los llanos de Maipú.

La acción, en sí, se desarrolló en tres momentos, siendo conducida por el propio San Martín, desde el cuartel general que se fué desplazando conforme a la dirección del ataque. A las diez y media de la mañana comenzó la batalla. El viajero inglés, Haig, recordado por los historiadores de este episodio, como testigo presencial, en sus *Sketches*, nos evoca en pocas líneas el ambiente del día con cierta tonalidad poética, diciendo: "el domingo por la mañana, del 5 de abril, el tiempo [era] el

más agradable del año en Chile; ni una nube obscurecía el brillante y eterno azul del cielo; los pájaros cantaban y la fragancia de las naranjas derramaba un delicioso perfume en la brisa; había una balsámica suavidad en el aire, tan peculiar del clima". Vicuña Mackenna, en su ensayo sobre la batalla de Maipú, situándose en el mismo plano evocativo, asienta: "Grande y hermoso era aquel paisaje de las armas. Acabábase ya, poco a poco, el dulce otoño de Chile, y sobre las marchitas praderas marcábase por tenues polvaredas, que la brisa arrastraba, el paso de las tropas. De improviso advertíase una serie de delineaciones que señalaban en el horizonte leves penachos de humo, como blanco velamen de embarcaciones mecidas en un mar amarillento; y en seguida, cual si fueran puntos negros que se concentran sobre un foco común, divisábanse nubadas de jinetes tendidos sobre la crin de sus caballos. Eran los guerrilleros del atrevido Bueras que iban a descargar sus carabinas sobre las partidas volantes de Morgado, jefe inexperto y recién nombrado, de la caballería realista; y se replegaban en seguida a todo escape al toque de la corneta. Al propio tiempo, ocho o diez guerrillas de ambos campos escaramuceaban en la llanada, como los árabes en el desierto".

En tres movimientos se sintetiza toda la acción, siendo el segundo culminante, y al que se lo ha definido como ataque oblicuo: a partir de ese instante, según Mitre, "la batalla iba a cambiar de aspecto". El tercer movimiento remataría con el sangriento combate en la hacienda de Espejo. A las seis de la tarde, San Martín podía suscribir el primer parte, con la noticia de la victoria, a O'Higgins, quien a pesar de su herida había salido de Santiago para abrazarse con el Libertador en el campo de gloria más decisivo de nuestras luchas por la emancipación.

Tres documentos esenciales recordaremos como fuente inmediata del relato de Maipú. El parte de San Martín a O'Higgins, retransmitido a Pueyrredón, el primer parte de San Martín al mismo Pueyrredón y el segundo detallado, también a este último. El primer parte a Pueyrredón, conocido, que no me resisto a transcribir, decía: "Nada existe del Exército enemigo: el q. no ha sido muerto, es prisionero: Artillería ciento sesenta ofic.^s Todos sus Generales, excepto Osorio están en nuestro poder:

yo espero q. este último me lo traigan hoy: la acción del 19. ha sido remplazada con vsura: en una palabra, ya no hay enemigos en Chile”.

El tercer documento, o sea el parte detallado, se publicaba en la Gazeta de Buenos Aires, del miércoles 22 de abril de 1818, con excepcional presentación, en un número impreso con tinta azulada y bajo el título de “detalle de la jornada de Maipú”. Con esa tonalidad de los colores de nuestra bandera se quiso destacar la grande y ansiada noticia. Al mismo tiempo se anunciaba que se haría una segunda edición “en otra impresión mas lúcida”. El Editor de la Gazeta, en su comentario, alude en tono irónico a la manifestación del Embajador español en París, quien anunciaba, a raíz de cartas de México, que “las Américas habían vuelto pacíficamente a su antiguo yugo, en todo el mes de noviembre del presente año de 1818: a consecuencia de lo que ha recibido felicitaciones, según expresan los papeles ingleses de la últimas datas. Quando S. E. sepa lo que ha sucedido en Maypú se verá probablemente en la necesidad de prorrogar por un par de meses más el término de su optimismo... y las naciones mas alucinadas con las imposturas de la corte de Madrid, no podrán menos que conocer la imposibilidad de que retrocedan las Américas un solo paso en sus pretensiones, y en sus juramentos...; el ejército de Lima [ha] sido completamente derrotado en los llanos de Maypú”.

El regocijo público se manifestó intensamente en Buenos Aires, y en el mismo periódico se revelaba el estado del pueblo: “Ya tenemos Patria, se decían unos a otros arrojándose en los brazos indistintamente del que se hallaba más inmediato”. En otras provincias, como Córdoba, tuvo idéntica resonancia; en ella Fr. Pantaleón García pronunció una sentida oración.

Maipú fué una batalla enconada, según lo prueban las elevadas pérdidas. Más de mil muertos tuvieron los realistas y los patriotas otro tanto entre muertos y heridos. Además, los primeros perdieron cuatro banderas, un general, cuatro coroneles, siete tenientes coroneles, ciento cincuenta oficiales y dos mil doscientos prisioneros de tropa. Batallones como el Burgos y el Infante Don Carlos, de renombre glorioso, habían caído vencidos ante las bayonetas y los sables del ejército argentino-chi-

leno. El camino de la expedición libertadora al Perú quedaba abierto.

Como afirma uno de los documentos de la época, el ejército del Virrey de Lima había sido derrotado en Maipú. San Martín, tanto lo entendió así, que ofició a aquel Virrey, de inmediato. Dos pliegos le dirigía el triunfador, en 11 de abril de 1818, a Joaquín de la Pezuela; el primero se relacionaba con el canje de prisioneros; el segundo encaraba el problema político de la liberación, pues está demostrado —le decía— la impotencia de las armas del Rey contra “el espíritu de *libertad*”. Se refería a la victoria del 5 de abril haciéndole notar “que parecía prudente que la razón [ocupara] el lugar de las pasiones, y que la suerte de los pueblos [llamase] exclusivamente la atención de los que los presiden”. Era necesario auscultar la voluntad del pueblo, quien decidiría “la forma de gobierno que conviene a sus intereses”. El oficio tenía el carácter de una intimación para que diese la libertad al Perú, por cuanto, si no escuchaba razones, “los ejércitos reunidos destruirían las restricciones que V. E. imponga”, agregaba. Concluía afirmando que procuraba poner “término a la guerra; y [sus] solicitudes son tan sinceras a este sagrado objeto, como firme [su] resolución, si no son admitidas, de no perdonar sacrificio por la libertad, por la seguridad y por la dignidad de la *patria*”.

Este era el primer anuncio en forma directa, al Virrey limeño, de que el resultado de la gran victoria sería, en último extremo, la expedición al Perú. No era jactancia, sino una actitud sólidamente cimentada. Ya sentía aquel representante del Rey, en forma personal, después de la derrota de sus mejores tropas para reconquistar a Chile, los primeros efectos en esta parte de la América Meridional. Pero las consecuencias no iban a quedar circunscriptas al ambiente de las colonias españolas. En el orden internacional, grande sería el campo en donde se harían sentir los resultados.

Tanto en Europa como en Estados Unidos, repercutió con real efectividad. En el primero de los continentes, enervó la acción de las potencias de la Santa Alianza (Rusia, Austria y Prusia), que parecían conmoverse ante los insistentes ruegos

de España por lograr el auxilio de la fuerza en sus planes de restauración.

Parecía que el año 1818 iba a ser decisivo en este proceso. La minuciosa correspondencia de la misión Rivadavia en Europa, lo atestigua. Para comprender mejor la inferencia que hemos asentado, conviene tener una breve noción de lo que preparaban las potencias en la próxima reunión de Aix-la-Chapelle. Se presentaban dos asuntos: poner término a la ocupación de las mismas en Francia y resolver, de una vez por todas, la restauración de Fernando en sus colonias rebeldes. Sobre esta materia, el zar Alejandro había redactado un extenso memorial, nada halagador para el porvenir de nuestra emancipación.

Mas por el juego de los intereses comerciales, dos países no estaban dispuestos a tolerar la reimplantación del régimen colonial: Inglaterra y Estados Unidos. Esta última nación había enviado comisionados que recorrieron las regiones en lucha y produjeron informes fundamentales, como ser los de Rodney y Graham, publicados en 1819. Además, existe una correspondencia fundamental dada a luz en la colección Manning, y que sirve, directamente, para valorar los efectos internacionales de la victoria de Maipú. Algunas pruebas documentales fundamentan, con precisión, el aserto. Entre ellas merece destacarse, en primer plano, la relación de W. G. D. Worthington, agente especial de los Estados Unidos en Chile y Buenos Aires, a John Quincy Adams, secretario de Estado, de 8 de abril de 1818, o sea tres días después de la victoria.

El documento tiene un alto valor probatorio de nuestras inferencias. En él se traza un panorama desde Cancha Rayada a la victoria de Maipú. Al referirse al primer episodio, dice Worthington que "derramó pánico en todo el país". En la mañana del 21, temprano, agrega, "recibí un relato exagerado del señor Monte Agudo [sic], el auditor del Ejército y Secretario privado del General en Jefe, quien había huído del campo de confusión. A las cinco de la tarde proseguí a Valparaíso, a dar la información y esperar el resultado. Si el país era invadido, como mucho se temía, hubiera regresado a Buenos Aires, doblando el Cabo de Hornos, en el bergantín Uriol de Baltimore".

"Sospecho que el general Español no avanzó, ni continuó

su éxito momentáneo. Talca fué para él lo que Capua para Aníbal. En un corto intervalo, los Patriotas volvieron a reunirse a las órdenes de su Jefe y el 5 próximo pasado, después de una reñida y sangrienta batalla, a unas pocas leguas de esta ciudad, en las llanuras de Maipú, con casi igual número, bajo las órdenes del general San Martín, los realistas fueron todos capturados y destruidos; se supone que su fugitivo Jefe no podrá escapar”.

El agente norteamericano, en la misma comunicación, asienta un juicio preciso sobre la marcha de la campaña de los independientes, que debió tener una fuerte gravitación en la conducta internacional de los Estados Unidos. Anota, al respecto, que “pocos días antes de la batalla visitó al general San Martín en su campamento. Mucho me agradó. Así también el Supremo Director O’Higgins, quien es un patriota de la escuela romana. Este jefe, a mi juicio, establecerá de manera segura la independencia de Chile, y el Perú romperá muy pronto sus ataduras”.

El episodio mismo de la batalla fué referido al secretario de Estado, Adams, en el informe de Theodorick Bland de 2 de noviembre de 1818, relativo a las condiciones de Sud América, Largo memorial, más importante aun, que el anterior citado, por el panorama que ofrece. En realidad, empalma con el momento en que nos dejó Worthington. Narra cómo “los dos ejércitos se enfrentaron unas diez millas al sudeste de la ciudad de Santiago, en los llanos de Maipú; en la mañana temprano del 5 de abril pasado [—el informe es de 1818—] empezó una desesperada batalla. Los realistas atacaron violentamente; las tropas negras titubearon, pero los chilenos, las milicias, no menos que el resto, animados por un invencible fervor patriótico, se llevaron todo por delante, espada en mano o a punta de bayoneta a los gritos de “Viva la Patria”. El campo quedó literalmente sembrado de montones de cadáveres. El choque continuó con cambios hasta muy avanzada la tarde. Se dice que, en relación al número de combatientes, no hubo nunca lucha más obstinadamente disputada o batalla más sangrienta en ninguna parte del mundo. Mitad del ejército realista quedó muerto o herido en el campo de batalla y todos los demás cayeron prisioneros. Las pérdidas sufridas por el ejército patriota se estiman

en unos mil quinientos hombres. La victoria de Maipú confirmó en absoluto la independencia de Chile”.

La comisión especial de Theodorick Bland, por sus condiciones personales y la precisión de sus datos, ilustró al gobierno norteamericano, que mantenía contacto con el gabinete inglés, en este año 1818, en que se iba a reunir el congreso de Aix-la-Chapelle. Según se desprende del citado informe, del 2 de noviembre, había estado anteriormente en Buenos Aires, de donde salió el 15 de abril, antes de que llegara la noticia de la victoria de Maipú, cuya descripción hizo a su gobierno, según se ha visto. El 26 de abril llegó a Mendoza y el 5 de mayo entraba a Santiago de Chile, un mes exacto después de la gran batalla. Dos días más tarde visitaba a Antonio José de Irisarri, a quien le expresó: “que deseaba saludar al Director Supremo del Estado y comunicarle algunas cosas que [le] había encargado el Presidente de los Estados Unidos. El señor Irisarri, después de ver al Director, contestó que le era grato recibir mi visita, el día siguiente, a las 10, y que tendría el gusto de presentarme. Al día siguiente, de acuerdo con la hora convenida, fuí a ver al Director”. La referencia de Bland, por su condición de agente del Presidente, tiene una gran importancia, pues el episodio es de un contenido más trascendente que el de una simple acción particular, cosa muy común en la diplomacia. Se trataba de un hecho con repercusión en las orientaciones de la política internacional con respecto a nuestra emancipación. Dice Bland que, a la hora convenida, fué a ver al Director y lo encontró en el *hall* común de audiencias y negocios. “Me recibió —agrega— respetuosamente y lo felicité por la reciente espléndida victoria de Maipú que había libertado a su patria de los enemigos extranjeros, afianzando su independencia y que tendría —con toda seguridad— las más felices consecuencias. El Director expresó su agradecimiento por mis felicitaciones y buenos augurios”.

Estas opiniones de los dos comisionados norteamericanos concordaban con manifestaciones ostensibles de los otros dos agentes, Rodney y Graham, que habían venido al Río de la Plata. Así se lo hace saber el director Pueyrredón al comisionado en

Europa, Bernardino Rivadavía, por oficio de 31 de julio de 1818, en donde le expresaba textualmente: "La com.^{on} Diplomática de los Estados Unidos de Nort-America recibió en esta de palabra y por escrito los conocim.^{tos} que buscaba sobre el estado de nuestras fuerzas, fondos, rentas, admin.^{on} gov.^{no} población comercio, leies, y demas concernientes á un Estado. Se manifestó adicta en todo a nuestras ideas, alagandonos con esperanzas mui lisongeras por parte de su gov.^{no}, mucho mas desde que llegó la noticia de la celebre victoria de nuestras armas en las llanuras de Maipu, que celebraron sus individuos con indecible placer".

La opinión de la América del Norte, y de su gobierno, como puede verse con certeza, estaba bien aleccionada. Ahora necesitamos comprobar cuál era la opinión europea y la influencia que produciría la victoria de Maipú.

Conviene recordar que Rivadavía ambulaba de París a Londres, en cumplimiento de su misión ante las potencias de Europa, buscando tomar contacto con los embajadores españoles, especialmente con el Duque de San Carlos, que se encontraba en Londres, y con el de Portugal, Conde de Palmella, a quien trató en París.

España observaba cómo las grandes potencias de la Santa Alianza y Gran Bretaña procuraban perfeccionar la aplicación del principio de la restauración. Además se encontraba pendiente el arreglo definitivo con Francia. Aquélla esperaba que el año 1818 fuera propicio para considerar la reimplantación del poder español en las colonias sublevadas de América. Pero la diplomacia se hallaba frente a los más variados problemas.

El duque de San Carlos, embajador en Londres, el 7 de noviembre de 1817, hacía saber a Mr. Sumter, representante norteamericano en dicha ciudad, "que Gran Bretaña había accedido a la proposición del gobierno español de una mediación general de las potencias, para obtener la pacificación de América española, cuya negociación está a punto de ver decidida, ya sea en Londres o en Madrid". Adams, frente a esta postura, en oficio al Ministro de Estados Unidos en París, Mr. Albert Gallatin, de 19 de marzo de 1818, indicaba la conveniencia de conservarse neutral.

Mas la posibilidad de la mediación se veía perturbada por

otra contingencia, como era el choque de los intereses de España y Portugal, debido a la ocupación por esta última, de la plaza de Montevideo. Si dicha mediación, en París, progresaba, España contaría con una base para operar en el Río de la Plata. El propósito se vió trabado por la exigencia de Portugal, que reclamaba la devolución de la plaza de Olivenza, en la Península. Rusia, en cambio, sostenía que los soberanos tenían siempre razón y los súbditos estaban equivocados, tesis que venía a favorecer las aspiraciones españolas. Así fué cómo nació el peligroso memorial ruso a fin de acordar un compromiso entre España y Portugal, destinado a unir las dos naciones para someter a los insurgentes de América.

De manera que si Gran Bretaña, como decía el Duque de San Carlos, se avenía a que hubiese una mediación, la revolución americana se iba a encontrar en una situación angustiosa. Sólo un factor podía detener los planes rusos y de la Santa Alianza; el interés comercial de Gran Bretaña y, agregaríamos, sin temor a equivocarnos, la acción en potencia de Estados Unidos, que en 1818 se interesaba por la marcha de la revolución, cuyos éxitos había comprobado en los llanos de Maipú.

Meses antes, la victoria de Chacabuco había dado sus resultados, pero sin definir la campaña. En el *Morning Chronicle*, de Londres, del 10 de enero de 1818, se decía que "Las ult.^s noticias de Chili dicen que los Realistas en Talcaguano han recibido refuerzos de Lima, y q.^e el General S.^a Martin ha marchado contra aquella Plaza, en persona. Es cierto que el Puerto de Valparaíso se halla bloqueado por una Fragata Española, la Venganza, y dos Bergantines, pero no se oye que hayan hecho presa alguna". La campaña de San Martín iba a tomar gradualmente, importancia. Rivadavia, en París, informado de las actividades del embajador español, Fernán Núñez, tomaba contacto con representantes de otras potencias, ya sea mediante notas oficiales, ya sea moviendo influencias basadas en las amistades que había conseguido.

Esta actividad de nuestro representante era vigilada por la policía francesa, a pedido del Embajador español, quien llegó a requerir del gobierno de París su expulsión, fundado en que se trataba de un agente de los rebeldes. Fernán Núñez

quería impedir los contactos que Rivadavia procuraba tomar con Rusia y con Austria.

Fué en estos instantes cuando se esperaban noticias de Chile, porque, como dijimos, para el momento, la acción de San Martín tenía gran importancia. Pero el 19 de marzo de 1818 se producía Cancha Rayada. Mariano Sarratea, el 8 de marzo de 1818 se lo hace saber a Rivadavia desde Río de Janeiro; el tono pesimista de la narración de lo acaecido y su trascendencia, dan más relieve al triunfo inmediato, que reparó el desastre. En la carta expresaba el temor de "que la noticia de los últimos desagradables acontecimientos en el Entre Ríos y Chile, [variara] de un modo sensible el aspecto favorable que antes ofrecían. Una victoria en aquel Reyno hubiera decidido sin duda ninguna el reconocimiento de nra independencia, baxo determinadas bases, pero desgraciadamente quanto aquella tenía de probable hasta el día, tiene q.^{do} menos de incierta en lo sucesivo. El Gral Osorio, como Vm sabra, desembarco en Talcaguano con 3.200 hombres, que con los q.^o encontró en la Plaza formaban un cuerpo de 4 a 5000. Con esta noticia, y aun antes de su realización, S.ⁿ Martín abandonó la Provincia de la Concepción, y repaso el Maule, no se conq.^o obgeto, ó mira. Asi se han mantenido, hasta que por fin salieron los Realistas de la Plaza, y á beneficio de 500 Caballos de que pudieron hacerse en la Provincia, abandonada por nras Tropas, siguieron en marcha en busca de [los patriotas]. Llegaron al Maule, Rio caudaloso que ofrecia las mayores ventajas para oponerse a su paso, pero San Martín, no quiso hazerlo, no se si porque, contando con el triunfo, quiso llamarlos al llano del lado de aqui del Maule, ó por que otra consideración militar. En efecto el 19 de Marzo emprendio este ultimo su marcha en solicitud del Enemigo, y a las 10 de aquella noche acampó (*La Vanguardia de*) su Egercito á media jornada de Talca, donde se encontraba Ossorio, con todo el Egercito. A las onze de la misma noche se introduce el enemigo en nra Vanguardia, la dispersa se comunica el desorden á todo el resto del Egercito, y vea Vm aqui desbanecidas nras esperanzas en el mismo momento que contabamos con la victoria. El resultado fue la perdida del campo con la Artillería perteneciente al Egercito de los Andes, habiendose salvado la

del Ejército de Chile. Este es el Extracto del primer Parte de S.ⁿ Martín de que he visto una Copia, sin que se sepa, hasta ahora la Causa u origen de tal desastre. Algunos la atribuyen al Oficial Arcos español, que se hallaba de Gefe de día y suponen, por haber desaparecido, en inteligencia con Osorio, ignoro la verdad del hecho, q.^e (de) todo puede tener, p.^{ro} S.ⁿ Martín no lo cita en su parte. Aseguran q.^e el Gobierno de Buenos Ayres recibió un segundo Parte, en los momentos de la salida del Buque que nos ha traído la nueva de tan desagradable accidente, dirigido por S.ⁿ Martín en que anunciaba su reunion en San Fernando con quatro á quatro mil y quinientos hombres, ofreciendo reparar con usura el descalabro que acababa de sentir. No me detendré en hazer reflexiones sobre resultados ulteriores que podemos y debemos temer, puesto que Vm las sabrá hazer más acertadas que yo. Por mi parte le aseguro que los temores que son inatos de mi melancólico caracter, y la desesperación al ver la desfavorable influencia q.^e va a tener en la resolución de nra question en essa parte del mundo, el conocimiento de esta nueva, pintada quizás con colores demasiado vivos, p.^a hazer resaltar su valor, mas de lo que pueda ser en si, tienen abatido mi espíritu de un modo q.^e en nada encuentro plazer. Por las disposiciones y anuncios de nro Gral, y la confianza q.^e ha debido inspirar al enemigo su primer ensayo, contamos con que mui en breve podremos recibir noticias de alguna acción sangrienta y decisiva. Quiera Dios sellar con la victoria el Triunfo, y Libertad de Mi País en independencia reconocida”.

Al día siguiente, en otra carta vuelve a repetir la noticia del desastre. Pero cuando esto escribía ya se había producido Maipú, con efectos en Estados Unidos por el hecho de que reconociese el principio de la independencia de las colonias que luchaban por su emancipación. Téngase presente que el 30 de julio de 1818, había dicho que la subyugación de las Colonias a España era imposible.

A su vez, Rivadavia, tonificado por la victoria de Maipú, la marcha del Congreso reunido en Buenos Aires y la situación administrativa, dirigió a las potencias europeas, la nota de 15 de octubre de 1818, pieza histórica fundamental, de la que poseemos un borrador y una fotocopia de la remitida a Metternich,

conservada en el archivo de Viena. Se dejaba constancia de que se habían agotado todos los medios posibles de conciliación ante España, a la par que los independientes habían aumentado todos los medios de defensa y perfeccionado sus instituciones. Estimaba que el conflicto no sólo interesaba a las partes en lucha, sino también a los soberanos de Europa por lo que se refería a la paz en el Nuevo Mundo. Esta comunicación, que tenía carácter confidencial, se presentaba al poderoso Metternich. En la misma fecha escribía al general La Harpe, vinculado a la Corte de Rusia y que iría a Aix-la-Chapelle; en la carta le informa de las gestiones hechas con el Duque de San Carlos. Le adjunta, además, documentos fundamentales para su demostración, como ser la Constitución provisoria (Reglamento provisional de 1818), sancionada por el Congreso reunido en Buenos Aires, y una "copie des communications adressées par le Général San-Martin au Vice-Roi du Bas-Perú, après la victoire de Maipó. L'une et l'autre sont des Pieces dignes d'attention, et que serviront à faire juger avec connoissance de cause des affaires de l'Amérique. Je sens bien qu'il faudroit des explications, pour donner á ces pieces tout l'effet qu'elles doivent avoir".

Las copias que menciona, las hemos analizado en las páginas precedentes, y daban trascendencia a Maipú. Por medio de La Harpe, Rivadavia se proponía dar estado a la victoria en la peligrosa reunión de las potencias. Esta conclusión la inferimos directamente del oficio de 31 de diciembre, de Rivadavia al Director, cuando asienta que "en el precitado Congreso [de Aix-la-Chapelle], con motivo de mi nota, hubo repetidas conferencias en q.^o se trato sobre los Negocios de América como era natural, con gran alteración de todos los puntos esenciales de la question; consiguientem.^{te} suma variedad y absoluta irresolución. Asi es q.^o aunq.^o no intervino oposición verdadera por parte alguna: el expediente á q.^o se libraron fué: el q.^o se conferiria la Representación, y Poder pleno delas cinco Potencias al duque de Veligton [sic] p.^a q.^o á su nombre mediase y conciliase las Provincias disidentes de America con la Corte de España. El noble Duque adirió baxo dos condiciones: 1.^a q.^o se influyese

en el Gabinete Español á fin de inducirlo á promover y pedir este Arbitrio: 2.ª q.ª p.ª el adoptarlo debía previam.º asentar ciertas bases en q.ª convenirse (*el Rey Fernando*). Me hallo instruído de q.ª se trabaja en el dia en este Proyecto. Pero, si no es evidem.º cierto q.ª nada se conseguirá, es al menos indudable q.ª se perderá mucho tiempo. Se me ha prometido instruir p.ª Persona á q.ª corresponde saverlo del resultado q.ª haiga á este respecto”.

En resumen, en el Congreso citado, se arregló la situación de Francia, como es sabido, por el tratado de 9 de octubre de 1818, entre aquel país y las cuatro potencias. Con él se ponía fin a la ocupación aliada. En lo referente a la situación de España y las colonias independientes los gobiernos expresaron sus sentimientos por el no empleo de la fuerza. Pasarán años, y recién en octubre de 1882, en el Congreso de Verona, se consideró el problema de España; pero la acción de San Martín en Maipú había dado sus frutos con la declaración de la independencia peruana. En el ínterin, la política de Monroe, por un lado, y de Canning, por el otro, trajeron el reconocimiento de derecho de nuestra emancipación, proclamada en Congresos y ganada en batallas decisivas como la que hoy conmemoramos.

Cuando se juzga Maipú en su trascendencia contemporánea, tanto en el orden interno como en el internacional, forzoso es compartir el juicio de Mantilla, quien afirma que “dió definitivamente pedestal incommovible a la campaña continental”. Este concepto coincide con una apreciación de la época, referida por el mismo Mantilla en el siguiente párrafo: “La fatal derrota que han sufrido las tropas del Rey cerca de Santiago de Chile, pone al virreinato del Perú y a todo el continente por la parte del sur en consternación y peligro, decía el Virrey de Nueva Granada al de Lima”.

Inconcluso quedaría este recuerdo conmemorativo, como juicio histórico del presente, si no dedicáramos dos líneas a la sobriedad del Libertador y a su conducta exenta de vanidad. Para ello recordaremos un episodio inmediato a Maipú, cuando vino a Buenos Aires, a fin de entrevistarse con el director Pueyrredón. Hallamos en la Gazeta una noticia que tiene todo el valor de medallón para su biografía. El 9 de mayo de 1818

se supo que San Martín se encontraba a sesenta y dos leguas de Buenos Aires. Se creía que entraría el martes 12, por la tarde, a la ciudad. Mas no fué así. En la Gazeta del 13 de mayo se lee el texto siguiente: "El Sr. San Martín no suele hacer las cosas como se esperan: el lunes, a las seis de la mañana, estaba en su casa, habiendo conseguido escapar a las demostraciones alegres que con extraordinaria impaciencia le preparaba hacía muchos días el reconocimiento público. Esta sobriedad no es menos admirable que sus victorias, y es muy oportuno que nadie ignore, que no puede caber la pequeñez de solicitar la gloria del triunfo en el que ha tenido la gloria de merecerlo".

Lección de conducta que acentúa los rasgos inconfundibles del Libertador y que debe ser perpetua enseñanza para pueblos y hombres de gobierno que aprecian los valores éticos inconfundibles.

Concluiremos estas páginas recordatorias, repitiendo el juicio de Mantilla expresado en su estudio sobre la obra que Mitre dedicó a la vida de nuestro Libertador y en el que, con gran precisión de contenido, nos dice: "No hay varón ilustre que, en la situación solemne de San Martín, haya dejado en la historia de la Humanidad un ejemplo como el suyo, de equilibrio moral, de profunda sensatez política, de abnegación personal, de pureza de aspiración y de generosidad para la gloria ajena".

Conferencia pronunciada en el Colegio, el 21 de abril de 1950.

APENDICE

f. 1. Sermon en acción de gracias ([p^r]) (e)n el glorioso aniversario de la vict^a de ntras armas en Maipú.¹

T H E M A

Dedit Dominus salvatorem Isrraeli, et liberatus est de manu Regis 4^o Reg. 13. v. 5.

Alegrate feliz América. Enjuga yalas lagrimas, q^oa torrentes hansalido de tus ojos en 300 años dela mas afligenteservidumbre. Dexalos negros andrajos indicios de tu dolor, y vistete las galas dela alegria, que tanto tehermoseaban enlos dias detu juventud. Sal del Libano, sal adornada como la Esposa, q^o espera el objeto desu casto amor. Prevente p^a ser coronada p^rReyna de las Naciones en recompensa del largo tiempo q^o has sido el oprobio de ellas. Ya pasó el elado Invierno enq^o solo producias tristes marchitos arbustos, yensu lugar han sucedido las flores mas vistosas yfragantes.

Si en el largo espacio de tres siglos, solo has podido gemir ensilencio, como la virtuosa madre deSamuel, y sufrir los oprobios, miserias, hambres y desnudes con q^o te atormentaba tu ribal, tu enemiga la España, mas despiadada que Fennena: ya debes como Ana entonar alegres canticos diciendo: mis fuerzas sehan exaltado enelSeñor:abrasede mi boca contra mis mortales enemigos, cesen deproferir las palabras deSoberbia yelación con q^o insolentes segloriabán. Si hasta aqui estos sehan hartado, y engrosado con mi substancia; noserá de este modo enlofuturo, yyo los veré humillados necesitados y hambrientos, hasta no tener un pan sino poniendo enalquiler lalibertad.

La esteril sehallenado dehijos vigorosos yrobustos: yla q^o antes sejactaba defecunda,ya no es sino anciana, debil yenfermiza:El arco delos fuertes está destruido;y los debiles y flacos son ya varones fuertes,e invencibles. *Arx fortium superatus est,et infirmiaccinti sunt robore.* Alegremonos,pues, en elSeñor,quantos tenemos la dicha deser hijos de esta Madre,si antes mortificada, humillada, abatida, empobrecida, confundida con elpolvo y con las heces; ya vivificada, exaltada, enriquecida y apreciada hastaelevarse conlos principes y ocupar elsolio dela gloria. Alegremonos, repito, en todos tiempos, yatodahora;p^r estafeliz mudanza q^o ha hecho el todo poderoso entra-Suerte f. 1 vta. pero sea extraordinario, sobreabundante excesivo

(1) Publicamos, como un aporte documental significativo, este sermón, merced a la gentil autorización del señor Raúl Montero Bustamante, quien lo conserva entre los manuscritos del sacerdote oriental José Benito Lamas, patriota que actuó con Artigas y que emigró a Buenos Aires en 1817, cuando se produjo la invasión lusitana. Esta pieza inédita constituye la primera conmemoración de la victoria de Maipú, al año de producirse. (N. de E. R.).

ntro gozo en este venturoso dia. Dia en q° el heroe delSud,el mayor Gral de America, el Wasingthonde ntrosiglo el emulo del grande Macedonio, el Gedeon dela Patria, hechóp'tierra en las llanuras de Maypú, eneldeliciosoChile al gigante monstruoso del despotismo tirano; reduxo a menudos polvos el alfange q° yablandia sobre ntras afligidas services; humilló lasoberbia altanera de ntros enemigos; salvó alSud del oceano de infortunios enq° iba de nuevo asumergirse; yle aseguró p°siempresulibertad de mano delos tiranos. Dia cuya memoria debera sernos eternamente gloriosa. Dia de ntra salvacion,de nutralibertad yde todos ntros bienes. Dia p°fin, que nos obliga aconfesar ypublicar, que Dios ha dado unSalvador asu pueblo:yq° ya debe estarseguro de que es libre y q°hasalido p°siempre del yugo del Rey, y desu aborrecible tirania. *Dedit dominus salvatorem Isrraeli,et liberatus est de manu Regis.*

Si, Sres,la completisima,gloriosisima,e interesantisima, victoria, que en este dialograron las esforzadas legiones dela Patria salvó alSud de un inmensopielago de males. *Dedit Dominus salvatorem Isrraeli:* Primer pto. Ella consolidó p° siempre el grande y magestuoso edificio de ntra libertad e independencia del Rey de España y sus satelites. 2º pto. Noparece puedo proponeros mayores motivos de contento,ni vosotros desear mayores pruebas de q° el Todo poderoso es declarado protect° de ntraSantaCausa,contralos esfuerzos yraterias de ntros antiguos obsecados opresores. Oh! quien medieralas luces yexpresion q° necesito p°desempeñarme con eldecoro q°debo alStolugar que ocupo, alosublime de mi asunto; a mis deseos,al alto honor con q°los Xefes mas beneficos me distinguen eligiendome p° ministro dela Sagrada palabra enesta religiosa ceremonia:alagrandezade un auditorio tan noble comoCristiano;tanliberal,como ilustrado,ytan humano como valiente; y p° fin a mis ardientes deseos dehacerme digno del alto honor con q° los Xefes mas generosos me distingueneligiendome p° ministro dela Sagradapalabra en esta augusta ceremonia! Pero mi rudeza e ignorancia son obstaculos solo vencibles conlasoberanagracia.Pedidla,pues,es mejor por mi,ypara mi al EspirituSupremo p°la mediación desu SSEsposa,diciendole al efecto Ave María

Thema ut supra

Siempreseran efimeras las glorias delos malvados. Dios ve, y remedia entiempo oportuno las aflicciones desu pueblo yse declara auxiliador yprotector delos q°ponen en el poder desu brazo su confianza.Pudo Amon despotasoberbio decretarel exterminio de q°tos no le inclinaban la rodilla;pero nofaltó un prudente virtuoso Mardoqueo a cuyos concejos f. 2 debiese el pueblo deDios su conservación ytriunfo. Pudo ellascivo Holofernes reducir alas ultimas extremidades a Betulia,y elblasfemo Senaquerib consu triunfante exercito llegar hasta los muros delaCiudad S^{ta}, y gloriarse de destruirla y arruinar el templo del excelso:Dios embiara contra el primero una heroina

quele corte la Cabeza, y contra el Segundo un Angel q° le obligue ahuir con ignominia despues de ver muertos en el campo 25000 desus soldados. Pudo el tirano y Sanguinario Antioco aprisionar, degollar, desquartizar a muchos delos hebreos: pero no faltó una familia llena de amor asu Patria y asus leyes, que se burlase desus injustos decretos, y q° resuelta a morir antes, q° ver los males desus hermanos, resistiese asu poder, y triunfase desus más acreditados generales. Asi es como Dios se juega en el orbe dela tierra, y hace ver q° en sumano estan las suertes delos hombres: p° que el q° se gloria se glorie unicamente en el Señor. Tal ha sido siempre: oh Dios justisimo e incomprehensible, aunque insondable en tus juicios, tu conducta! El justo es por algun tiempo, ofligido perseguido, atribulado como David, como Job, como Tobias, y aun conducido hasta el cadalso, como Susana, hasta el lago delos leones como Daniel, yaun hasta la hoguera como Ananias, Asacias y Misael; hasta la cisterna como José, o hasta el lugar del sacrificio como Isaac; pero ni el impio podra huir dela espada vengadora del Eterno; ni el justo sera confundido en su esperanza. Dios lo acompaña en la tribulación, p° librarlo, glorificarlo y hacerle versalvador. Cum ipso sum in tribulatione &°. Vosotros mismos mis carisimos oyentes, sois irrefragables testigos de esta verdad. ¿No visteis desembarcar en el puerto de Talcaguano el año proximo pasado un exercito numeroso, soberbio e insultante que se gloriaba tener atada a su carro la victoria? ¿No visteis posesionarse sin obstaculo dela Capital ciudades y pueblos dependientes dela desgraciada provincia dela Concepción de Chile? ¿No visteis vadear sin peligro, el rapido y caudaloso Maule, y señorearse dela Ciudad de Talca desamparada de todos sus fieles habitantes? ¿No visteis aqui despues deshallerse en la mas desesperada situacion sin atrverse a combatir, ni serle posible a retirarse, emprender a favor dela noche un ataque el mas brusco y desesperado, logrando poner en total confusion nuestros bagages y ntra artilleria, que aun estaba en movimiento? ¿No visteis con dolor amargo disperso, sin ser batido a un exercito compuesto de valientes, y lleno de disciplina e instruccion? ¿No visteis p° una triste consecuencia al trono augusto dela libertad ya vacilante, ya ntros tiranos opresores preparados p° agravar ntro yugo, y remacharnos cadenas mucho mas duras f. 2 vta. que las q° arras traron ntros Padres? ¿No levantasteis vuestros clamores hasta el Cielo, diciendo con el profeta *quare via impiorum prosperatur*? ¿Por q° Señor asi prosperan los pasos delos malvados? ¿Sera eterno tu furor contra nosotros? ¿Despedasaste acaso ntros fierros p° hacernos recaer con mayor dolor en ellos? Pero dtened, fieles patriotas vuestro llanto: Dios ha dado un Salvador asu pueblo, y este vive aun. No desesperéis, pues dela salud dela Patria. Dexad que esa gavilla de vandidos armados solo p° subyugar a pueblos libres; p° conculcar los mas sagrados derechos del hombre, solo p° oprimir ala inocencia: solo p° matar y degollar aquienes jamas les han provocado y ofendido. Dejad, digo, que

avancen llenos de jactancia y presuntuoso orgullo hasta el lugar que Dios les ha destinado para su sepulcro ignominioso. La Patria combate solo por su religion, por conservar el mas precioso de los dones del Eterno: por edificar a sus hijos y a la posteridad mas remota de la degradacion, abatimiento, servidumbre, ignorancia, miseria; y de mas males en que vivieron y murieron nuestros Padres. La Patria solo se defiende de unos invasores tan injustos, como crueles. La Patria en fin solo aspira a no recaer bajo un yugo ominoso y cruel: de una nacion barbara y despotica, vengativa y fiera de quien el inmenso oceano la separa, ya quien jamas supo gobernar con equidad, sino que su objeto es de debastarla, empobrecerla despoblarla y exterminar a todos sus habitantes: Oh! que diferencia entre unos y otros combatientes! ¿ya un temereis? El Dios de la venganza, el soberano protector de la justicia dexara de pelear a favor ([n]) (v)uestro? Ah ¡transporta os a la Capital de Chile, y transportad aun al Faraon mas obstinado y se verá obligado a confesar, que allí estuvo el dedo de Dios irresistible! Si, este fué, sin duda, quien en aquellos dias criticos reunió para salvar la Patria en un solo hombre ([p]salvar la Patria en un solo hombre]) las virtudes todas que admiraron repartidas los Athenienses en Codro, los Corinthios en Timoleon; los Macedones en Alexandro, los Hebreros en Conimon, los Cartagineses en Annibal, los Romanos en los Dentatos y Regulo, los Imperiales en Eugenio; los Franceses en Turena; los Españoles en Cordova, y los Anglo Americanos en el grande Wasingthon: el quien inspiró a nuestro Xefe excelentísimo la heroica resolucion de replegarse rapidamente sobre la Capital, a fin de mover todos los resortes, y procurarse todos los auxilios que estaban a sus alcances a fin de ponerse en estado de resistir a un enemigo superior y engreido con la reciente victoria: el quien hallandose la Patria en la mas embarazosa posición falta de todo, y de todo necesitada, con todo el bagage y todo el material del exercito perdido hizo que por un increíble prodigio de la actividad, de la Constancia, y de la fecundidad de ideas, en el termino de tres dias ya estuviese reorganizado el exercito, y reanimado el espíritu, f. 3 tanto que a los trece se hallaba en el caso de poder con satisfacción ir de nuevo a buscar a su enemigo. El quien llegó de fuerza y energia a los guapos Ohiggins, Barcarces, Alvarados, Quintanas, Zapiolas, Freires, Cicerones, Mazas, Medinas, O braines, Aguirres, y de mas Xefes y oficiales ya por cooperar al restablecimiento del orden y disciplina; ya por dirigirse en el hecho de la acción con tal acierto que hará honor eterno a su memoria. El quien dio al Exercito ese entusiasmo, esa union, esa constancia, que antes de pelear ya era seguro garante de la victoria, y que en el combate los acreditó comparables a los Espartanos en las Termopilas, y a los Cartagineses en la celebre batalla de Tesin. El quien encendió en todos los soldados de la Libertad el mismo fuego patrio, que ostentó Eleasaro contra Eupatro, y Cammon en el Sitio de Jerusalem por Tito. El fue por fin quien obró la salvacion de su pueblo y destrozó el arco de los fuertes por medio

dela gloriosísima, completísima victoria, cuya memoria celebramos. Victoria en 1800, Americanos, que poco hace reputaban estúpidos, apáticos y formados solo por vegetar, intimidaron, rechazaron, deshicieron acuchillaron, mataron, exterminaron a 5300 enviados del león agonizante a quien pretendían reanimar con nuestra ruina, y que se creían irresistibles, y se gloraban de haber vencido a los domadores de la Europa: Victoria en los llanos de Maypú, y Callejones de Espejo se regaron con la sangre delincente de más de mil satélites de la tiranía. Victoria que nos dio 3000 soldados y 300 oficiales prisioneros incluso casi todos los Generales y Jefes. Victoria que dexó en nuestras manos toda la artillería, los parques, los hospitales con sus facultativos, la caja militar con sus dependientes, y en una palabra todo que pertenecía al ejército enemigo, sin que se salvase sino el General en Jefe con 200 hombres de su guardia. Victoria por fin, que por sus circunstancias hallara muy pocas iguales en la historia, y que si humillo y anonadó la descantada fuerza de nuestros invasores, y salvo al Sud de los males gigantes que le amenazaban: también consolidó el magestuoso edificio de nuestra eterna libertad de la tiránica dominación del Rey. *Et liberatus est de manu Regis Si Sr^{os}*, perdió España por siempre el dominio despotico que exerció por tres siglos en nuestro fértil, rico, delicioso Continente; perdió los inmensos cumulos de oro y plata que nosotros arrancábamos del seno de la tierra con fatiga y sudores por hacerla soberbia y opulencia: y de los que jamás supo aprovecharse, sino por ([estar]) (ser tan) poltrona, como injusta; perdió tres millones de vasallos que eran toda su fuerza y esplendor, perdió el rango que ocupaba entre las 3 vta. Naciones por nosotros, y que solo nos pagaba con ultrages: perdió el comercio de Cadiz, aun la esperanza de restablecer el más tirano de los monopolios y vendernos al peso de oro lo mismo que nosotros podemos fabricar, o comprar a peso de plomo, a las naciones industriales. La América recobró su usurpada libertad: y esta la conducirá muy presto al alto punto de felicidad; a que el autor de la naturaleza la destina. Su perseguidora, su enemiga la verá libre y feliz; la verá con embidia, y con furor, la verá y querrá despedazarla; pero serán vanos sus esfuerzos, y ya podemos *el Saltantem-capram celsa de rupe videbis, Casuram Speres, decipit illa canes.*

Podrá el Cabiloso y obsecado Sánchez reunir los tímidos restos de Maipú, los heridos, los enfermos: y forzar a los paisanos de la desgraciada Concepción a tomar las armas contra su Patria: podrá concebir sus sonjeras esperanzas de sostenerse en ella, o en su puesto; pero nuestros bravos caerán sobre él con la rapidez del Águila y la valentía del león sobre su presa: ellos le desharán le tomarán todas sus armas y provisiones, y le harán atravesar largos desiertos cubiertos de ignominia: y cargado de la execración del Cielo; por haber fascinado, e infatuado a las esposas del Cordero: a quienes lleva engañadas, y expuestas al libertinaje de sus vándidos, o al airreligion de los Señores naturales de aquel país. Podrá el tirano de Lima mover los íntimos resortes de su mal

hadada política, y no perdonar arbitrios, extorciones ni violencias para reparar sus quiebras, resistir a n^{ra} fuerza naval, y sostener su bamboleante poder; pero la resistencia q^o encontrará en los Nobles, y plebeyos; en el fuerte y bello sexo: y las frecuentes convulsiones de q^o se ve amenazado frustrarán todos sus planes, y le harán adivinar la cercanía del fin trágico que le aguarda. El será todavía p^r algún tiempo obedecido en lo exterior, pero en los semblantes y en los ojos de todo aquel pueblo grande, ilustrado, rico y generoso pintada la desesperación con q^o los sufren; y las ansias con q^o esperan el momento en q^o poder despedazar sus cadenas, y verificar la dulce unión que hará la completa felicidad del Sud. Podrá el imprudente gabinete español intentar siguiendo las máximas de Filipo y Machiavelo, dividirnos p^a subyugarlos: y fomentar partidos y disensiones intestinas, pero serán sus bajas raterías puestas a la luz del m([...]) (e) d([...]) (io) día: serán frustradas p^r n^{ros} sabios magistrados, y serán detestadas p^r quanto aman a su Patria. Podrán los necios ministros del Rey Fernando hacerle creer q^o ponen un muro insuperable al despotismo haciendo venir en once buques tres mil hombres. Pero sus empeños les servirán solo para redoblar su inmensa deuda: sus buques p^a hacer formidable n^{ra} marina, y sus soldados p^a trabajar en n^{ros} campos f. 4 para sacar el precioso metal de las minas: p^a ayudar a pesar a la defensa del estado, y p^a llegar al fin a ser patriotas, o darnos hijos que los sean. Podrá, (si acaso puede) el prematuro sucesor que dio el populacho de Madrid a Carlos 4^o sacando fuerzas de su misma flaqueza e impotencia (si esto es dable) organizar una respetable expedición que invada el magestuoso río de la plata; y pretenda esclavizar a su soberbia heroica invicta Capital: pero el fruto de esta medida impolítica será acelerar la bancarrota de la nación; y el fin de sus regimientos el mismo q^o han tenido los de Talavera, los de Burgos, los de Extremadura y de Cantabria; y el q^o ya tienen hasta ahora, quantos condujo el Sanguinario Morillo. Ese pueblo de heroes q^o antes de ser militar ni libre, que en la aurora de su ilustración, y cuando aun no conocía sus fuerzas supo triunfar solo y sin auxilios de mas de doce mil soldados de la gran Bretaña; ¿que deberá temer hoy que pelea p^a la libertad? que es tan disciplinado y aguerrido como los mejores de Europa, que se halla empeñado en conservar el alto honor que se ha adquirido p^r su constancia, su resolución, sus sacrificios y sus triunfos; y q^o será vigorosamente auxiliado p^r estados y Provincias igualmente resueltas y animosas? Ah; vengan ahora todos los regimientos peninsulares sobre America; juren exterminar toda la generación presente, y degollar sin perdonar edad ni sexo: nosotros los esperamos impavidos y en la alternativa de morir en un cadalso, o de arriesgar la vida p^r vivir independientes ¿quien será tan fatuo, que no quiera correr los mayores riesgos antes que entregarse al sacrificio? Vengan sedientos de n^{ra} sangre; la derramarán, pero no impunemente, como los Colones, Corteses, Pizarros y Balvidias: la derramarán en el Campo del honor, y

ella será leprecioso riego que cultivará fecundará, q° hará frondoso, q° llenará deflores y de frutos el arbol dela vida delalibertad. Vengan q° una alarma general desaparecera como de unsoplo a los tiranos; y un esfuerzo extraordinario, salvará en un solo dia ala Patria. Los Americanos ya conocen sus fuerzas, sus recursos y subien; y así no temen enemigos. A tantos millones de almas robadas, oprimidas y vituperadas no les queda mas recurso, que la venganza; y p° cada español puede poner la America cien, o mas soldados en el Campo. Vengan enfin confiados en las rivalidades disenciones y partidos intestinos: estas, como las de Roma sesuspenderán mientras hayan comunes enemigos que vencer: el amor de la Patria será la pasion grande q° haga morir, o dormir alas f. 4 vta. demás, y q° acallará aun los más obstinados resentimientos, e intereses. Dexaremos nro pais abierto todo como Esparta: ciertos que como ella tenemos las mejores ciudadelas en el corazon de todos los Ciudadanos: y en caso de necesidad, trasportaremos nutras ciudades sobre nutros caballos; como Temistocles llebaba a todo Atenas sobre su esquadra. He aquí la firme, e invariable resolución de todos los pueblos libres; he aqui el consentimiento unanime en q° han conspirado, y deben conspirar todos los buenos

Ciudadanos; y he aqui las necesarias consecuencias dela jamas bien ponderada, y victoria de Maipú: Y con ellas dudaremos aun el ser independientes? No aseguraremos consobradofundamento que ya somos indudablemente libres y q° hemos salido p° siempre dela servidumbre de el Rey, y sus satelites, *et liberatus est de manu Regis*? Si Señores, y el pensar de otra manera sería un Crimen tan contrario ala razon, como injurioso alas bondades del Eterno cuya protección tenemos experimentada tantas veces. Solo resta, pues, q° reconoscamos y protestemos con el corazon con las palabras y las obras, q° el Padre delas luces es de quien descende todo don, y toda dadiva excelente, que no recibamos los beneficios sin adorar y alabar la mano que los dispensa, y que no enojemos con tras prevaricaciones a este Arbitro Supremo delos destinos, si deseamos asegurar la continuación y aumento de ntras dichas. Conservemos, honremos y apreciemos la S^{ta} Verdadera Católica Religion: amemos la libertad, y odiamos el libertinage. Defendamos como leones en el Campo, los derechos sagrados delos pueblos: pero fuera de el respetemos los del hombre, ya memos la imagen del altísimo en todos ntros semejantes: la humanidad y valentia son hermanos mui gemelos, hagamos, pues respetar p° la 1^a y apreciar p° la 2^a aun de ntros mismos enemigos. Pero me extravio, yo no debo persuadiros a adquirir estas virtudes; sino elogiarlos p° su practica; y exhortaros a perseverar en ella con constancia, para de este modo hacernos dignos de que el Cielo acelere el dia feliz en q° ntra absoluta independencia Sea pacificamente reconocida p° todas las naciones dela tierra.

Este es, O Padre de misericordias; Dios de toda consolación, primer autor dela libertad del hombre, protector dela inocencia oprimida, y

vengador soberano de la injusta tiranía lo que humildemente y afectuosamente pedimos y confiados esperamos. No desprecies nuestras suplicas, libranos de todos los peligros; has cada día mayores los progresos de nuestras valientes armas. Generaliza, consolida, y sea tan firme como la de David, y Jonatan f. 5 la amistad de todos los estados, pueblos, e individuos de la América. Llena del espíritu de sabiduría y acierto al Excmo Supremo Direct^r de las provincias unidas: dirige sus providencias, para que ellas sean como hasta aquí la ancla más firme de nuestra libertad. Aumenta la sabiduría, la actividad, la previsión y valentía del Excmo S^r Capitan Gral del exto unido de los Andes y Chile, y del Excmo S^r Supremo Direct^r de aquel Estado. Dilata y has feliz en este pueblo benemérito el Gobierno de su Xefe justo, amable, religioso, y, adornado de todas las virtudes, cristianas, militares, y políticas. Ilumina a toda esta ilustre municipalidad, para que desempeñe con honor el alto encargo de representante de la soberanía del pueblo. Llena en todas partes de pusilanimidad y de terror las huestes enemigas, y vaya lejos de sus Xefes el acierto, la prudencia, el buen consejo: para que huyan confusos, y avergonzados de todo el suelo Chileno, del alto y bajo Perú, de Quito y nueva Granada, de Venezuela y Caracas, y de todo el nuevo mundo Para que así logremos ver la gloriosa conclusión de nuestra lid, y que endulce paz y libertad nos sirvamos unidos en la tierra, para merecer verte y gozarte en las delicias de la Patria. Amen

Mitridates decía: toda la Asia me espera como a su libertador. Tanto han excitado el odio contra los Romanos las rapiñas de los Proconsules, las exacciones de los mandarines, y las calumnias de los juicios, Anibal en la batalla de Tesin dijo a los Cartagineses los Dioses nos han colocado entre la victoria, y la muerte.

Archivo del Sr. Raúl Montero Bustamante, Montevideo. - Manuscrito original, en un cuadernillo cosido de 5 fojas dobladas con 9 páginas escritas. Papel con filigrana. Formato de la hoja doblada: 15 cm x 21 cm. Letra inclinada. Interlínea 4 mm. Conservación buena.

Vida del Colegio

ACTIVIDADES DE AGOSTO

AUDICIONES MUSICALES: Se iniciaron en agosto los conciertos. El martes 8, a las 18.30, concierto de bandoneón por ALEJANDRO BARLETTA; interpretó obras de Purcell, Bach, Scarlatti, Schumann, Giannone y Prokofieff. El viernes 18, a las 18.30, concierto de clave por JOSEFINA PRELLI; interpretó obras de Haendel, Daquin, Rameau, Pasquini, Galuppi, Cimarosa, Scarlatti.

JOSE BABINI: El Discurso preliminar de la Enciclopedia, el miércoles 16, a las 19; conferencia correspondiente al curso colectivo dedicado a recordar el bicentenario de la publicación del Prospecto de la Enciclopedia francesa.

CARMELO M. BONET: Curso de iniciación literaria (el hecho literario en Grecia y Roma), los viernes a las 18 y los lunes a las 19; seis clases; comenzó el 11 y concluyó el 28 de agosto.

JORGE LUIS BORGES: Oscar Wilde, lunes 14 y 21, a las 18; últimas clases del cursillo de cuatro clases, de homenaje al escritor inglés en el quincuagésimo aniversario de su muerte; concluyó el 21.

Historia de la literatura policial, los lunes, a las 18; cursillo de cinco clases; se inició el 28 de agosto.

JOSE JUAN BRUERA: El papel del historicismo en el derecho y en la ley; conferencia pronunciada el viernes 4, a las 19.

ROQUE G. CARRANZA: Cálculo de probabilidades y nociones fundamentales de estadística; los viernes, a las 21.30; curso de trece clases de dos horas cada una; comenzó el 4 de agosto.

PATRICK O. DUDGEON: Lecturas comentadas de poesía inglesa (en inglés), los jueves, a las 19.

Inglés, III curso, los miércoles, a las 15.45.

VICENTE FATONE: Introducción a la filosofía, los lunes, a las 19.

Filosofía de la religión, los martes, a las 19.

SIMONE GARMA: Francés superior, los miércoles, a las 17; comenzó el 2 de agosto.

HORACIO C. E. GIBERTI: Producción agropecuaria; conferencias pro-

nunciadas los viernes 18 y 25, a las 19, correspondientes al curso de economía argentina.

ROBERTO F. GIUSTI: Diderot; conferencia pronunciada el lunes 21, a las 19, correspondiente al curso colectivo con que se recordó el bicentenario de la publicación del Prospecto de la Enciclopedia francesa.

JULIO V. IRIBARNE: Aplicación de la teoría de grupos al estudio de espectros moleculares de vibración; conferencia pronunciada el martes 1º, a las 18.

ERNESTO KROTOSCHIN: La convención colectiva de trabajo en los derechos alemán, francés y argentino. I. El clima; II. La técnica; conferencias pronunciadas los viernes 11 y 25, a las 19.

Seminario de derecho del trabajo; primera reunión, el viernes 18.

SARA KURLAT DE LAJMANOVICH: Inglés básico, lunes y viernes, a las 18.

DORA MARTÍNEZ DIAZ DE VIVAR: Inglés, II curso, martes y jueves, a las 16.

EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA: Balzac, miércoles 16, a las 18; viernes 18, a las 21.30; viernes 25, a las 21.30; martes 29, a las 21.30; viernes 1º, a las 19; lunes 4, a las 18; viernes 8, a las 21.30; lunes 11, a las 18; curso de ocho clases.

Nietzsche: una filosofía dionisiaca; conferencia pronunciada el martes 22, a las 18, para recordar el cincuentenario de la muerte del pensador alemán.

CECILIA MOSSIN KOTIN: Física para médicos y biólogos, los jueves, a las 21.30; comenzó el 31 de agosto; corresponde al curso de Matemática y física para médicos y biólogos, en colaboración con los doctores Manuel Sadosky y Juan T. D'Alessio.

MIGUEL ALFREDO OLIVERA: Inglés, I curso, lunes y viernes, a las 17.

JOSE A. ORIA: La novela francesa de Balzac (1799-1850) a Maupassant (1850-1893), los martes, a las 19, y los jueves, a las 18.

Preliminares intelectuales de la Revolución francesa. Colaboradores, aliados y adversarios de la Enciclopedia. Incidentes y consecuencias de esa lucha, el lunes 14, a las 19; conferencia correspondiente al curso colectivo del bicentenario del Prospecto de la Enciclopedia francesa.

RICARDO M. ORTIZ: Prefacio a un curso sobre la economía argentina: conferencia pronunciada el viernes 4, a las 19.

ALDO PELLEGRINI: El movimiento surrealista; los martes 1, 8 y 22, a las 21.30; tres últimas clases del curso, que constó de siete; el 22 se proyectó la película surrealista *La sangre del poeta*, de Cocteau.

HEBERTO A. PUENTE: Introducción a la química, los jueves, a las 18.

Introducción a la química física, los jueves, a las 19.

LUIS REISSIG: Valor educativo y social de la Enciclopedia, lunes 28,

a las 19; conferencia correspondiente al curso colectivo del bicentenario del Prospecto de la Enciclopedia francesa.

FRANCISCO ROMERO: Problemas del conocimiento (seminario), los martes, a las 18.

La filosofía de Husserl (seminario), los martes, a las 19.

Antecedentes e incitaciones para la Enciclopedia. El espíritu enciclopédico a partir del Renacimiento, el lunes 7, a las 19; conferencia correspondiente al curso colectivo en el bicentenario del Prospecto de la Enciclopedia francesa.

JOSE LUIS ROMERO: El delineamiento del espíritu burgués (seminario de historia de la cultura), los miércoles, a las 18; comenzó el 2 de agosto.

Historia de la cultura, III curso: El mundo occidental durante la época contemporánea (siglos XIX-XX), los miércoles, a las 19.

La época de la Enciclopedia, el martes 1º, a las 19; conferencia correspondiente al curso colectivo del bicentenario del Prospecto de la Enciclopedia francesa.

MANUEL SADOSKY: Matemática para médicos y biólogos, los martes, a las 21.30; comenzó el 1º de agosto; corresponde al curso de Matemática y física para médicos y biólogos, en colaboración con los doctores Cecilia Mossin Kotin y Juan T. D'Alessio.

JORGE THENON: Seminario de terapéutica de las enfermedades nerviosas funcionales, los jueves, a las 21.30; comenzó el 3 de agosto.

ACTIVIDAD DE LA FILIAL DE ROSARIO

El jueves 6 de julio ocupó la cátedra el ingeniero José Babini, quien desarrolló el tema La historia y sus etapas. El disertante inició su conferencia recordando que desde el siglo pasado la historia renovó radicalmente sus métodos y su contenido, tendiendo a convertirse cada vez más en una "historia universal del hombre"; y que con tal concepción la actual división cuadripartita en historia antigua, media, moderna y contemporánea, establecida por historiadores europeos en vista de la historia europea, se ha tornado inadecuada e ineficaz, pues en el estado actual de las investigaciones históricas, el análisis de las culturas conocidas rebasa en mucho esa clásica división de la historia en "edades".

De ahí que para fijar jalones humanos, más que a acontecimientos históricos de importancia local o circunstancial, ha de acudir a las creaciones humanas características de cada cultura, destacando de ellas las que posean un valor y una influencia perdurables.

A continuación se refirió a la naturaleza de esas creaciones, exponiendo algunas ideas generales acerca de los inventos y de los descubrimientos e indicando un criterio objetivo para distinguir ambos tipos de creaciones.

Pasando luego a los inventos humanos de mayor influencia, el di-

sertante consideró como tales la escritura, la dialéctica y la máquina; expuso a continuación algunas características y noticias históricas acerca de los mismos, y se detuvo especialmente en la máquina, por sus extraordinarias repercusiones en la vida contemporánea. Al respecto glosó algunas ideas expuestas por el escritor francés E. Mounier, recientemente fallecido.

Entrando finalmente en los descubrimientos humanos, consideró aquellos cuya fuerte dosis de objetividad hace inevitable su presencia en todas las culturas, aunque en cada una de ellas puedan ser distintas las notas que los definen. Esos descubrimientos, según el disertante, son: Dios, la naturaleza y el hombre mismo.

Después de considerar brevemente los dos primeros y sus características para la cultura occidental, pasó a considerar el descubrimiento que el hombre realiza de sí mismo, y lo vinculó con las épocas de "humanismo", una de las cuales es la presente, con el análisis de cuyas notas terminó la conferencia.

El conferenciante siguiente fué el físico italiano —radicado en nuestro país— Andrea Levialdi, quien el 21 de julio, abordó el tema: Algunos aspectos de la investigación científica.

Comenzó expresando que el aspecto que más impresiona al volver de Europa, luego de haber pasado años en la República Argentina, es la diferencia de ritmo con que se modifica la gente, las costumbres, las actividades en general en los dos continentes. En Europa y en particular en Francia y en Italia, a pesar de la guerra, la tradición es tan fuerte que las modificaciones son pocas. En la Argentina hay mayor dinamismo. Al examinar la fuerza de la tradición, el espíritu individualista que anima a los pensadores, y los intereses permanentes de los europeos, surge el deseo de compararlos con los norteamericanos cuya poderosa organización ha permitido tantos progresos.

Al mirar un poco más de cerca el problema, surge la duda de que Europa haya sido, y en parte siga siendo, un centro importante para la formación de hombres muy bien utilizados por Norte América.

La República Argentina, en pleno fermento y ansiosa de alcanzar su más alto nivel cultural, no debe olvidar lo que la vieja Europa puede todavía ofrecerle. La desproporción de medios entre los Estados Unidos y la Argentina puede volverse un ejemplo deprimente si no se mira a Europa que, a pesar de disponer de medios modestos, dedica al problema cultural, y en particular a la investigación científica, esfuerzos notables para formar hombres de gran valor.

Este último es el resultado más importante.

Algunos trabajos sobre física de las superficies de que se ocupa una Sección del Institut de Physique et Chimie de París, da un ejemplo de que se pueden efectuar trabajos de trascendencia con medios modestos. El efecto indirecto más importante es la formación de investigadores, o sea, de cómo aumentar con poco costo la capacidad creadora de un país.

Parece ser, además, un pasaje obligado para todo país joven. En el campo del desarrollo cultural nada puede improvisarse. Es indispensable que la asimilación sea lenta y se vincule a realizaciones alcanzadas por quien estudia y trabaja. Aprender cosas que, por ahora, sólo pueden efectuarse en otro lugar lejano, es un aprender a medias, es más bien informarse sin nunca tener exacta conciencia de lo que se sabe hacer. La juventud es sujeta tanto a los rápidos entusiasmos cuanto a las depresiones y al pesimismo, y por ende debe continuamente tener una prueba de lo que puede y sabe hacer; sólo realizando puede progresar sin sacudidas. La conciencia de adherirse a la realidad le permite medirse a sí misma.

El 5 de agosto disertó el señor Romualdo Brugghetti, quien enfocó el tema: Retrato moral de Europa en nuestros días.

Comenzó el orador exponiendo el drama del viejo mundo, a través de su existencia y su cultura y estableciendo las líneas salientes que prefiguran direcciones de la vida espiritual europea —particularmente de Italia y Francia— en el planteamiento de su vivo o muerto pensamiento.

El expositor, con el análisis de Nietzsche y Kierkegaard, fué definiendo el problema: Analizó la posición del pueblo y de los escritores, sosteniendo que Europa se remoja, se renueva, alerta ante los excesos del poder, con el espíritu dispuesto a abatir seculares prejuicios. Se detuvo en el pensamiento de Sartre, Mauriac, Moravia, Eliot, Grüber y otros escritores y artistas, mediante los cuales situó la novelística, el arte y la poesía de nuestros días en lo que esas disciplinas tienen de humano, de artístico y de mensaje ético operante. Destacó la importancia que tiene para la cultura el paso del puro estetismo o evasión a los concretos problemas de la realidad, en la que están situados los intelectuales de Europa. Dijo que ésta, ubicada entre dos grandes Estados que se disputan el poder del mundo, será siempre la palabra de orden, de justicia, de libertad. Más adelante trazó las directivas que señalan Buchman y los grupos de Oxford y la necesidad de ir a las "cosas mismas", a fin de construir un mundo sobre una articulación integral de los problemas del hombre en lo que atañen a su independencia y a sus facultades creadoras, apartado aquél de su figura abstracta o de limitaciones de fronteras.

Sostuvo después la necesidad de un "rearme moral" y la clara posición del pueblo y los escritores —sus adalides— de huir de toda fuerza totalitaria, como de superar convenciones y prejuicios. En esta ubicación —dijo— está precisamente la fuerza del espíritu que anima a Europa.

Finalmente el escritor señaló, al referirse a la paz y a la guerra, que sea cual fuere la lucha que sobrevenga en Europa, no concibe en nuestro tiempo destrucciones sin nuevas creaciones. "Tampoco concibo —aclaró— que, en el cálculo de las culturas (que son, como las personas físicas, mortales), América esté llamada a certificar la muerte de Eu-

ropa". Al concluir destacó su convicción de que existe unidad de visión con respecto a ciertas ideas elementales y universales, por las cuales tanto los europeos como los americanos mejores están de acuerdo, y que se resumen en una "sostenida pasión moral y permanente espíritu de libertad entre los hombres y los pueblos".

El 26 del mismo mes, el señor Guillermo de Torre abordó el tema: Problemas de la literatura comprometida.

Comenzó afirmando que los fenómenos literarios y artísticos no pueden verse aislados de la época; hay que verlos en su interpenetración con el tiempo y el espacio donde se sitúan. Al mismo tiempo debemos incluirnos nosotros mismos en la perspectiva. Tal la óptica a aplicar al hecho de la literatura comprometida, sin reducirla a cuatro rasgos anecdóticos, asimilando a una moda superficial lo que es un modo profundo y ligado con otros fenómenos del tiempo. Tal, por ejemplo, el de la crisis del concepto de literatura.

A propósito de esto, de Torre aclaró que no se trata de una crisis de la literatura propiamente dicha, sino de la quiebra de un concepto previo. De ahí las preguntas: ¿por qué se escribe?, ¿para qué se escribe? o ¿para quién se escribe? y otros varios síntomas que detalló. Todo esto, en última instancia, significa que la literatura se ha hecho problemática, se ha hecho cuestión de sí misma, dirigiéndose preguntas desazonadoras y buscando respuestas que no sean escapatorias, sino salidas hacia la luz. Una de ellas está representada por la doctrina del compromiso. Entrando de lleno en este punto, hizo el conferenciante un detenido análisis del sentido del compromiso en literatura y estableció su relación con el concepto del "clerc", puesto hace años en circulación, y por lo demás, tan mal entendido. Tras varias precisiones afirmó que la literatura comprometida no supone, en principio, otra cosa que la afirmación de la responsabilidad del escritor. En este punto hizo una exposición y paráfrasis crítica de las ideas de Sartre sobre el tema. El escritor —afirma— está situado fatalmente en su época y no tiene ningún medio de evadirse. Existe el deber de fidelidad a la época. Lo afirmó el propio conferenciante hace años, y, por consiguiente, las teorías de Sartre vienen a ser, en este punto, una corroboración de antiguas convicciones. De ahí infiere una doctrina del presentismo, enlazada estrechamente con el historicismo de algunos filósofos.

Con todo, dijo más adelante, la mejor definición de la literatura comprometida quizá estuviera paradójicamente en su contraria, en la literatura desinteresada, que intencionalmente parece carecer de fines ajenos al arte, pero que no obstante produce a veces las obras más trascendentales y duraderas. Y su más exacto exponente estará en aquellas obras donde el escritor es fiel a su época y donde tiende asimismo a traducir su afán de absoluto, sin engañar por ello su lucidez relativista.

Tras varias otras consideraciones, apoyadas en ejemplos, de Torre sostuvo que le interesa salir al paso de un grave equívoco: el que tiende

a confundir la literatura comprometida con la literatura dirigida. Esta última, al ponerse incondicionalmente al servicio de una idea se descalifica a sí misma, se convierte en propaganda. Por el contrario, la literatura comprometida valedera, auténtica, lo está únicamente, o ante todo, con la conciencia de su autor frente al mundo; y aun cuando se aplique a la defensa de ciertos principios, lo hace libremente, sin sufrir coacción ajena. Aquí evocó un testimonio decisivo de Goethe y adujo luego el caso de algunos escritores contemporáneos, quienes si en un momento dado se plegaron a normas extraliterarias, luego han reaccionado, denunciando su engaño.

Finalizó Guillermo de Torre su disertación, respondiendo a la pregunta: ¿A dónde va la literatura?, no para incurrir en profecías, sino para señalar que ésta seguirá experimentando nuevas crisis y transformaciones y extrayendo de ellas principios de continuidad, refuerzos de independencia, capaces de vencer todos los riesgos de extravío que amenazan su razón de ser.

Informaciones

DOS NUEVOS ACADEMICOS: EL DOCTOR ALBERTO GONZALEZ DOMINGUEZ Y EL INGENIERO ERNESTO E. GALLONI

La incorporación del doctor Alberto González Domínguez y del ingeniero Ernesto E. Galloni a la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales —que se realizó el 3 de agosto— es un hecho de gran significado, que no puede pasar inadvertido para el Colegio Libre de Estudios Superiores.

Pocas veces nos es dado ver llegar al sitial académico a hombres jóvenes, en plena actividad científica. Por eso fué motivo de gran alegría en los círculos de estudio del país el que las nuevas designaciones recayeran en González Domínguez y Galloni, que pueden ostentar una foja de servicios científicos de primer orden.

Se comprende entonces que el acto, realizado en la vieja casa de Perú, haya congregado a una gran cantidad de colegas, colaboradores, discípulos y amigos de González Domínguez y de Galloni, que quisieron testimoniarles el afecto que han conquistado en su actuación.

Para el Colegio Libre el nombramiento de estos nuevos académicos es motivo de júbilo, por cuanto se trata de dos antiguos y permanentes colaboradores de su obra, no sólo en cuanto profesores a cargo de cursos, sino en la labor muy importante de asesores que están siempre alerta para ir incorporando a los jóvenes estudiosos que se destacan en sus especialidades.

El matemático González Domínguez

Alberto González Domínguez estudió en la Facultad de Ciencias Exactas de Buenos Aires, bajo la dirección de don Julio Rey Pastor, y se perfeccionó en Estados Unidos junto al profesor Tamarkin.

Poseedor de una sólida cultura clásica, ha hecho investigaciones en la teoría de las integrales de Fourier y en el cálculo de probabilidades. Vinculado a laboratorios de radiotecnica, ha hecho aportes de gran valor en la teoría de las "señales analíticas" y últimamente se ha ocupado de problemas de esa nueva ciencia que se ha bautizado con el nombre de cibernética (teoría del control y comunicación en el animal y en la máquina). Precisamente el año pasado el doctor González Domínguez dió en el Colegio Libre un cursillo de Introducción a la cibernética: teorías cuantitativas de las comunicaciones y aplicaciones biológicas.

El doctor González Domínguez es profesor de matemática especial del doctorado en matemática de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, y de la Escuela Superior Técnica del Ejército.

El 5 de agosto, el doctor Alberto González Domínguez partió para los Estados Unidos, en donde asistió al Congreso Internacional de Matemáticas, en representación de la Universidad de Buenos Aires, conjuntamente con los doctores J. Rey Pastor y J. C. Vignaux.

El físico Galloni

Ernesto E. Galloni cultivó desde temprano su vocación didáctica, pues fué maestro primero y profesor de enseñanza secundaria después.

Egresado con el título de ingeniero de la Universidad de Buenos Aires, se consagró enteramente a la física —enseñanza e investigación— en el Instituto dirigido por el doctor Teófilo Isnardi.

Una beca en España, en 1935, lo impulsó al estudio de los problemas de estructura de los cristales; se dedicó desde entonces a esas investigaciones, que ha hecho en colaboración con un grupo de jóvenes químicos argentinos.

El ingeniero Galloni es profesor titular de física para ingenieros, y en el laboratorio continúa sus trabajos sobre la estructura de los óxidos de platino, que constituyen aportes originales en esos temas.

El ingeniero Galloni, que ha dado numerosos cursos en el Colegio Libre, desde 1933, integra actualmente su Consejo Directivo.

DECLARACION SOBRE LA RAZA

La siguiente declaración, publicada por la Unesco el 18 de julio, fué preparada por la Comisión de Expertos de la Unesco sobre Problemas Raciales, que se reunió en París en la Casa de la Organización. La redacción del informe corrió a cargo de los siguientes hombres de ciencia:

Profesor Ashley Montagu, Estados Unidos (Ponente); Profesor Ernesto Beaglehole, Nueva Zelanda; Profesor Juan Comas, México; Pro-

fesor L. A. Costa Pinto, Brasil; Profesor Franklin Frazier, Estados Unidos; Profesor Morris Ginsberg, Gran Bretaña. Dr. Humayun Kabir, India; Profesor Claude Lévi-Strauss, Francia.

El texto fué revisado por el Profesor Montagu, en atención a varias sugerencias hechas por los Profesores Hadley Cantril, E. G. Conklin, Gunar Dahlberg, Theodosius Dobzhansky, L. C. Dunn, Donald Hager, Julián S. Huxley, Otto Klineberg, Wilbert Moore, H. J. Muller, Gunnar Myrdal y Joseph Needham.

Los hombres de ciencia están de acuerdo en reconocer que la humanidad es una y que todos los hombres pertenecen a la misma especie, la del *Homo sapiens*. Admiten, además, —salvo escasas excepciones— que todos los hombres descienden de un mismo tronco común, y que las diferencias existentes entre los diversos grupos humanos se deben a la acción de los factores evolutivos de diferenciación, tales como la modificación en la situación respectiva y la fijación accidental de las partículas materiales que determinan la herencia (genes), los cambios estructurales de estas mismas partículas, las mutaciones, la hibridación y la selección natural. Así han ido formándose grupos, más o menos estables y diversos, que han sido clasificados de diferentes maneras y con distintos propósitos.

Desde el punto de vista biológico, la especie *Homo sapiens* se compone de un número determinado de grupos, cada uno de los cuales difiere de los otros por una frecuencia diferente en la distribución de los genes. Pero los genes que determinan las diferencias hereditarias entre los hombres son muy pocos si se considera la totalidad de la constitución genética del hombre y la gran cantidad de genes común a todos los seres humanos, sin distinción de raza. De lo anterior se infiere que las semejanzas entre los hombres son mayores que sus diferencias.

Desde el punto de vista biológico, una raza puede ser definida como uno de los grupos de pueblos que constituyen la especie del *Homo sapiens*. Estos pueblos pueden convivir y mezclarse entre sí; mas, en virtud de las barreras que los han aislado en el pasado —de una manera más o menos efectiva— presentan en la actualidad ciertas diferencias físicas, cuyo origen hemos de buscarlo en las peculiaridades de su historia biológica. Representan lo que podría llamarse “variaciones sobre un mismo tema”.

En resumen, la palabra “raza” designa algunas concentraciones en las cuales la frecuencia y distribución de los genes o características físicas aparecen, fluctúan y, en algunos casos, llegan a desaparecer en el curso del tiempo, en virtud ya sea del aislamiento geográfico, ya del cultural, ya de ambos a la vez. Las diversas manifestaciones variables de estos caracteres son percibidas de modo diferente por cada grupo. Como nuestrás observaciones son, en gran parte, afectadas por nuestros prejuicios, cada grupo tiende a interpretar arbitraria e inexactamente la

variabilidad que se manifiesta en un grupo ajeno determinado, considerándola como una diferencia fundamental que separa a ese grupo de los demás.

Esos son los datos científicos. Pero, por desgracia, cuando la mayor parte de la gente emplea el término "raza", no lo hace en el sentido anteriormente definido. Para la mayoría de las personas una raza es un grupo humano al que gusta de definir como tal de manera arbitraria. El abuso del término ha hecho que sean considerados ciertos grupos nacionales, religiosos, geográficos, lingüísticos o culturales como razas, cuando en realidad los norteamericanos, por ejemplo, no son una raza, como no lo son los ingleses o los franceses o cualquier otro grupo nacional. Los católicos, los protestantes, los mahometanos y los judíos tampoco son razas, ni pueden ser clasificados los hombres en una u otra raza porque hablen inglés o cualquier otro idioma; los habitantes de Islandia, de Inglaterra o de la India tampoco son razas; ni pueden ser descritos como razas los pueblos que, desde el punto de vista de su cultura, son turcos o chinos.

Los grupos nacionales, religiosos, geográficos, lingüísticos y culturales no coinciden necesariamente con los grupos raciales; y los rasgos culturales de dichos grupos no tienen ninguna relación genética con las características raciales que pueden ser demostradas. Como se cometen de ordinario graves errores de ese género al emplear en el lenguaje corriente el término raza, sería conveniente renunciar a su empleo de manera definitiva cuando se habla de las razas humanas, y adoptar la expresión grupos étnicos.

¿Cuál es la opinión de los hombres de ciencia sobre los grupos humanos que actualmente pueden ser distinguidos como grupos étnicos? Las razas humanas pueden ser y han sido clasificadas de diversos modos por los antropólogos, pero hoy la mayoría de ellos está de acuerdo en clasificar a la casi totalidad de la humanidad actual en tres grupos principales, a saber:

- el grupo mongoloide,
- el grupo negroide,
- el grupo caucasoide.

Ahora bien, los procesos biológicos que en la clasificación pueden parecer estáticos son, en realidad, dinámicos. Estas divisiones no fueron las mismas en el pasado y, evidentemente, no serán las mismas en el futuro.

Bajo las grandes divisiones que hemos especificado, han sido descritos a menudo diversos grupos o subgrupos étnicos, pero hasta la fecha los antropólogos no han podido ponerse de acuerdo sobre su número. Por otra parte, la mayoría de ellos no han sido todavía estudiados ni descritos.

Sea cual fuere la clasificación que el antropólogo hace del hombre, jamás en su clasificación incluye las características mentales. En la

actualidad se ha reconocido el hecho de que los tests de inteligencia no nos permiten diferenciar con certeza lo que se debe a la capacidad innata de lo que procede de las influencias del medio y de la educación, en el sentido más amplio de la palabra. Allí donde ha sido posible eliminar las diferencias existentes, en razón de las diferentes condiciones de vida, los tests han demostrado la semejanza esencial que hay, desde el punto de vista psíquico e intelectual, entre los diferentes grupos humanos. En otros términos, cuando los miembros de los distintos grupos humanos disponen, en el terreno cultural, de las mismas facilidades para hacer valer sus aptitudes, logran, como término medio, resultados parecidos. Las investigaciones científicas en estos últimos años confirman las palabras de Confucio (551-478 A.C.): "La naturaleza de los hombres es siempre igual; sus costumbres son las que los separan".

Los datos científicos con que contamos en el momento presente no justifican la teoría según la cual las diferencias genéticas hereditarias serían un factor primordial en la aparición de las diferencias que se manifiestan entre las culturas. Por el contrario, esas diferencias se explican por la historia cultural de cada grupo. Los factores que han tenido influencia preponderante en el desarrollo intelectual del hombre han sido su facultad de aprender y su plasticidad. Ahora bien, esa doble aptitud constituye un rasgo común a todos los seres humanos. Constituye, de hecho, una característica específica del *Homo sapiens*.

En lo que respecta al temperamento del hombre, debe decirse que nunca se ha podido probar, de manera decisiva, la existencia de diferencias innatas entre los grupos humanos. Es indudable, por el contrario, que, sea cual fuere la naturaleza de las diferencias innatas que puedan existir entre los grupos, esas diferencias quedan en gran parte neutralizadas por las que hay entre los individuos y por las que provienen del medio ambiente.

En cuanto a la personalidad y al carácter, cabe decir que ambos elementos no dependen en modo alguno de la raza. En todos los grupos humanos se descubren tipos muy variados de personalidades y de caracteres, y nada hace pensar que un grupo humano se halle más favorecido que otro a ese respecto.

Todos los datos que se han podido obtener demuestran que desde los tiempos más remotos no han dejado de producirse las mezclas de razas. En realidad, uno de los procesos principales por el que éstas se forman, se extinguen o son absorbidas, es, justamente, su hibridación constante. Por otra parte, nunca se ha demostrado que las mezclas de razas tengan efectos biológicos desfavorables. Las teorías que afirman hay entre los mestizos caracteres físicos y mentales indeseables (desequilibrio psíquico y degeneración mental) no están corroboradas por los hechos. No hay, por lo tanto, una justificación biológica para la prohibición de matrimonios entre los individuos que pertenecen a grupos raciales diferentes.

Es necesario establecer una distinción entre la raza como hecho bio-